

## 

## *En un rincón remoto de la Tierra Media, se alzaba el Bosque Negro. Una joven elfa de cabellos negros y ojos verdes, emprendía un camino. Su nombre era Mara. Princesa de Arathorn y futura reina de Mirkwood, bajo la mirada vigilante de la dama Galadriel llega a escapar de su mundo.*

## *El Bosque Negro había caído bajo una sombra maligna. Sus árboles, altos y densos, susurraban secretos a quienes se atrevían a penetrar sus dominios. Muchos viajeros habían desaparecido entre sus sombras, y las historias de criaturas siniestras eran narradas con temor, pero eso no la detuvo a encontrarse con el reino protegido de un gran elfo.*

## *Ese reino era un lugar escondido. Los elfos del Bosque Negro, conocidos por su habilidad con el arco y su amor por la naturaleza la acogieron.*

## *Thranduil, el rey del Bosque Negro, era una figura imponente. Mara sintió una conexión profunda. El rey, al conocer su historia, vio en ella un espíritu libre.*

## *Pero la paz era frágil en aquellos días, y las sombras se cernían sobre la Tierra Media. Las noticias de guerras y disturbios en el reino de Erebor llegaban a los oídos del rey elfo.*

## *Así comenzó la saga de Mara, la elfa que buscaba libertad y encontró un hogar, la guerrera que luchó por la paz en tiempos de guerra, dejó una huella en los anales de la historia de la Tierra Media y en el corazón de Thranduil Oropherion.*

## 

El bosque negro susurraba sus misterios mientras Mara, envuelta en la oscuridad de la noche, avanzaba entre los árboles. Sus pies descalzos apenas dejaban huella en el suelo cubierto de hojas caídas, mientras el rumor del viento se mezclaba con el palpitar de su corazón acelerado.

- ¡Se fue por allí! - gritó su hermano.

- Corre. - le susurraron las oscuras voces al bosque. - Corre hasta el puente de piedra.

Ella corrió hacia donde la oscuridad se hacía más densa, hasta que las voces de sus familiares se desvanecieron en la noche. Había pasado años encerrada en su pueblo, sin conocer más que las tierras cercanas, limitada a viajar solo para buscar alimentos y provisiones para su gente. Pero esa noche, todo eso cambió.

Decidí escapar de aquel odioso lugar. Añoraba viajar, pelear y entrenar con los elfos que encontraba guardando los lugares. Decían que una elfa como yo no podía pelear, pero eso se acabó.

Mara se adentró más en la oscuridad, dejando atrás el hogar que alguna vez conoció. Caminó con paso decidido, sintiendo la tierra bajo sus pies desnudos y el latir del bosque como un eco en su propia sangre.

De repente, una luz parpadeante en la distancia llamó su atención. Intrigada, se dirigió hacia ella, sorteando los obstáculos del terreno con agilidad felina. A medida que se acercaba, el resplandor se hizo más intenso, revelando la presencia de una construcción antigua entre los árboles.

Era un puente de piedra, cubierto de musgo y rodeado por la vegetación exuberante del bosque. Mara detuvo su paso frente a él, maravillada por la belleza silvestre que lo rodeaba. Entonces, una voz resonó en la oscuridad, rompiendo el silencio de la noche.

- ¿Quién osa profanar este lugar sagrado? - preguntó la voz, llena de autoridad y misterio.

Mara se quedó sin aliento, su corazón latía con fuerza en su pecho. Miró a su alrededor, tratando de identificar la fuente de la voz, pero solo vio sombras danzantes entre los árboles.

- Busco refugio, quisiera hablar con el rey y explicarle mi situación. - dijo mirando por todos lados, hasta que dos guardias se quitaron las capuchas y se mostró brevemente una parte de sus armaduras plateadas.

- La registramos. - ambos guardias se miraron, pero detrás de ella, apareció un joven. - Príncipe Legolas.

- Me encargaré de ella, no viene armada. La vi desde el observatorio. - agarró a Mara de la muñeca y con un gesto, los guardias abrieron las puertas para dejarles pasar al interior del reino.

Mara siguió al príncipe Legolas a través de las puertas del reino, sintiéndose un tanto abrumada por la magnificencia de su entorno. Las altas copas de los árboles se mecían suavemente con la brisa nocturna, filtrando la luz de la luna que bañaba el paisaje en tonos plateados y azules. El sonido de las hojas susurrando y el crujir de las ramas bajo sus pies creaban una melodía natural que envolvía todo el lugar.

A medida que avanzaban por los senderos del bosque, Mara se sorprendía cada vez más por la belleza y la serenidad del reino de Thranduil. Las construcciones élficas se integraban perfectamente con el entorno, construidas con materiales naturales y adornadas con enredaderas y flores silvestres. Las luces titilantes de las antorchas iluminaban el camino, creando un ambiente mágico y acogedor.

Finalmente, llegaron al corazón del reino, donde se alzaba el palacio de Thranduil, majestuoso y etéreo entre los árboles centenarios. Sus torres se elevaban hacia el cielo estrellado, coronadas por cúpulas de cristal que brillaban con la luz de las estrellas. Mara se quedó sin aliento ante la magnificencia de la construcción, sintiendo un cosquilleo de emoción recorrer su piel.

El príncipe Legolas la condujo con gracia a través de los pasillos del palacio, guiándola hacia una sala iluminada por la luz cálida de las velas. En el centro de la habitación, un trono tallado en madera de ébano se alzaba imponente, ocupado por el rey Thranduil en toda su majestuosidad. Sus ojos brillaban con una luz antigua y sabia, escudriñando a Mara con curiosidad y cautela.

- Déjanos, hijo. - con un gesto, Legolas se apartó de la joven, pero no se marchó del todo, se quedó apoyado en uno de los pilares. - Presentaos, por favor. - inclinó la cabeza el rey elfo.

Mara se sintió pequeña frente a la imponente presencia del rey, pero se obligó a mantener la compostura mientras se inclinaba en una reverencia respetuosa.

- Soy Mara, hija de Mirana, del pueblo de Arathorn. He venido en busca de refugio y asilo en vuestro reino, mi señor. - dijo con voz firme, intentando transmitir confianza a pesar de los nervios que la embargaban.

Thranduil la observó con detenimiento, su mirada penetrante evaluando cada palabra y gesto de la joven elfa. Durante un largo momento, reinó el silencio en la sala, solo interrumpido por el suave crujir de las llamas de las velas.

- Mara de Arathorn...- murmuró Thranduil finalmente, su voz resonando con una extraña mezcla de autoridad y compasión. - Os doy la bienvenida a mi reino. Aquí encontraréis refugio y protección, siempre y cuando os sometáis a nuestras leyes y tradiciones.

Mara asintió con gratitud, sintiendo un peso enorme levantarse de sus hombros. Había logrado encontrar un refugio seguro, al menos por el momento.

- Os estaré eternamente agradecida, mi señor. - respondió con sinceridad, mirando directamente a los ojos del rey elfo. Thranduil asintió con aprobación, concediéndole una leve sonrisa que iluminó su rostro pálido y sereno.

- En ese caso. - se levantó de su trono y caminó hacía ella, extendió su mano derecha y sonrió. - Estás delante del Thranduil Oropherion.

- Es un placer. - Mara quiso realizar una reverencia pero él negó con cabeza, Legolas camino hacia ellos.

- Legolas, indícale el camino a las habitaciones. Me gustaría... joven Mara, saber el porqué estás aquí... Mi hijo será el encargado de ver cómo es tu entrenamiento.

- Majestad, gracias.

- Por aquí. - le guio Legolas, la llevó a unas escaleras, seguidos desde lejos por la mirada penetrante del rey.

Las escaleras ascendían suavemente, llevando a Mara a través de pasillos iluminados por el resplandor de las antorchas. A su lado, el príncipe Legolas caminaba en silencio, su presencia reconfortante en medio de la imponente grandeza del palacio elfo.

Mara aprovechó el momento para estudiar a su acompañante. El príncipe tenía una belleza etérea, con rasgos finos y delicados que recordaban a la perfección de una escultura tallada en mármol blanco. Sus ojos azules brillaban con una luz interior, reflejando la sabiduría y la nobleza de su linaje. Aunque su expresión era serena y tranquila, Mara percibió una chispa de curiosidad en su mirada, como si estuviera tratando de descifrar los secretos ocultos en el corazón de la joven elfa.

- ¿Cómo llegaste a este bosque, Mara de Arathorn? - preguntó Legolas de repente, rompiendo el silencio que había caído entre ellos.

- Es largo de decir...príncipe. - continuaron caminando hasta llegar a las habitaciones, donde Legolas le abrió la puerta y se quedó en la puerta observando.

- Legolas... nadie me dice príncipe en este lugar. Sólo los guardias.

- Perdón, Legolas. - se volvió hacía él y sonrió incómoda.

- Mi padre querrá oírlo, tu historia. - suspiro bajando la mirada. - Nos hacen falta guerreros, y vi que vas armada, muy bien armada. Una espada de elfo, el mejor metal del reino.

- Una mujer debe defenderse, mi familia no lo creía posible, pero sé manejar cualquier hoja de metal que esté bien afilada. - sonrió observando el lugar, le encantaba, pero se sentía cansada.

- Mañana podremos hablar. Si sigues ese camino, todo recto, llegarás a los jardines del oeste, si giras a la sala del trono, y si recuerdas por donde hemos venido, al puente. - se volvió hacia la puerta. - Adiós Mara. - continuó su paso, pero cerró las puerta de la habitación. Después de que Legolas se retirara, Mara se quedó sola en su habitación, sumida en sus pensamientos.

Se levantó de la cama con decisión y se dirigió hacia la ventana, contemplando el paisaje nocturno que se extendía más allá de los muros del palacio. La luz de la luna bañaba los jardines del oeste con un resplandor plateado, creando un espectáculo mágico que llamaba a Mara con una fuerza irresistible.

Sin pensarlo dos veces, decidió aventurarse fuera de su habitación y explorar los jardines bajo el manto de la noche. Con pasos silenciosos, como una sombra entre las sombras, se deslizó por los pasillos del palacio hasta llegar a las puertas que conducían al exterior.

Una vez fuera, se encontró inmersa en un mundo de belleza y serenidad. Los jardines del oeste se extendían ante ella, llenos de flores nocturnas que perfumaban el aire con su fragancia embriagadora. El suelo estaba cubierto de un manto de hierba suave, y los árboles se mecían suavemente con la brisa nocturna.

Mara caminó con pasos ligeros, dejando que la tranquilidad del lugar calara en lo más profundo de su ser. Se sentía libre, como si por fin hubiera encontrado un hogar donde podía ser ella misma sin miedo ni restricciones.

Mientras exploraba los jardines, una figura familiar atrajo su atención. Era el rey Thranduil, paseando entre los árboles con una gracia y una elegancia que le conferían un aura de poder y misterio. Mara observó al rey elfo en silencio, sintiendo una extraña conexión con él que no podía explicar.

- Deberías ser más atenta. - dijo alguien detrás de ella con una vestimenta blanca y gris.

- Majestad. - se apartó sorprendida y bajo la mirada al percatarse de su error, le había perdido la vista y él la había visto espiarlo. Thranduil la observó con curiosidad, su mirada penetrante evaluando a Mara con atención.

- Mañana será tu incorporación a mí guardia. Sigue ese camino hasta las habitaciones, nos vemos mañana. - la observó una vez más y se encaminó a sus aposentos.

Mara suspiró y observó la luna para seguir su camino en dirección contraria, a su habitación solitaria. Una vez llegó, se echó en la cama quedando dormida a los pocos minutos, el cansancio pudo con ella una vez más.

Thranduil llegó a la misma vez a su habitación, quitándose su corona, capa y ropajes que estaban de más en su vestimenta habitual. Al observar a la elfa recién allegada a su hogar, vio algo en ella, el pelo negro azabache, los ojos verdes a la luz de la luna, y esa ropa extraña, digna de una elfa guerrera habían llamado su atención.

Al día siguiente, los primeros rayos de sol se filtraban a través de las ventanas del palacio, llenando la habitación de Mara con una cálida luz dorada. Despertó lentamente, recordando con claridad los eventos de la noche anterior. Una mezcla de emoción y nerviosismo se apoderó de ella al pensar en su próximo encuentro con el rey Thranduil y el inicio de su entrenamiento.

Se vistió rápidamente, optando por una túnica sencilla pero funcional, adecuada para el entrenamiento. Al salir de su habitación, se dirigió hacia el gran salón donde le habían dicho que el rey la esperaría. Los pasillos estaban tranquilos, apenas unos pocos elfos se movían con gracia y silencio, ocupados en sus tareas matutinas.

Cuando llegó al salón, encontró a Thranduil ya presente, conversando con su hijo Legolas y otros elfos de la corte. Al notar su llegada, el rey hizo un gesto para que se acercara. Mara caminó con paso firme, recordando mantener la compostura ante la imponente figura del monarca.

- Buenos días, joven Mara - saludó Thranduil con una ligera inclinación de cabeza. - Espero que hayas descansado bien.

- Buenos días, majestad. Sí, he descansado. Gracias por su hospitalidad - respondió Mara con una reverencia. Thranduil asintió, y con un gesto de su mano, indicó a Legolas que se acercara.

- Mi hijo será tu guía y mentor en el entrenamiento. Confío en que aprovecharas esta oportunidad para demostrar tu valía. - Legolas se acercó, su expresión serena pero curiosa. Extendió una mano hacia Mara, indicando que lo siguiera.

- Vamos, te mostraré las instalaciones de entrenamiento - dijo Legolas con una sonrisa.

Salieron del gran salón y se dirigieron a una amplia explanada al aire libre, rodeada por altos árboles y equipada con diversas áreas para practicar diferentes habilidades de combate. Había elfos entrenando con arcos, espadas y lanzas, todos ellos moviéndose con una gracia y precisión que impresionaron a Mara.

- Este es el campo de entrenamiento de nuestro reino - explicó Legolas mientras caminaban. - Aquí aprenderás las habilidades necesarias para convertirte en una guerrera elfa. Empezaremos con lo básico y avanzaremos según tu progreso. Muy bien. Empezaremos con una evaluación básica para ver en qué nivel te encuentras. Toma una espada y muéstrame lo que sabes.

Mara se acercó a una mesa cercana donde había varias espadas alineadas. Eligió una que se sentía cómoda en su mano, familiar y equilibrada. Se colocó en posición y comenzó a moverse, realizando una serie de golpes y defensas con una precisión y fluidez que reflejaban su entrenamiento previo.

Legolas observó en silencio, evaluando cada movimiento. Después de unos minutos, asintió con una leve sonrisa. Se movió con rapidez evaluándose, era joven y ese detalle la hacía una guerrera ágil.

- Tienes una base sólida. Ahora, trabajaremos en perfeccionar tu técnica y en enseñarte nuestras estrategias de combate. - Pasaron el resto de la mañana entrenando, con Legolas guiando a Mara a través de ejercicios y corrigiendo su postura y técnica.

En el palacio, el rey Thrandiul había sido informado de que múltiples elfos de Arathron cabalgaban buscando a la princesa, la joven que se hallaba entrenando con su hijo. Esa joven era importante y él lo sabía desde que había visto sus ropas y carácter, y la quería para su legión y su propio reino.

- Aún no llegaron a nuestras afueras, pero es probable que lleguen. - comentó el líder del ejército.

Thranduil asintió, su mirada fija en la distancia mientras procesaba la información. La situación requería delicadeza y estrategia. No podía permitir que la llegada de los elfos de Arathron desestabiliza su reino ni interrumpiera el entrenamiento de Mara, quien ya mostraba un potencial impresionante.

- Debemos estar preparados - dijo finalmente Thranduil, volviendo su atención al líder del ejército. - Refuercen la vigilancia en las fronteras y mantengan a nuestros guardias en alerta. No queremos conflictos, pero tampoco permitiremos que nos tomen por sorpresa.

El líder del ejército asintió y salió rápidamente para cumplir las órdenes del rey. Thranduil permaneció en silencio por un momento, contemplando la situación. Sabía que debía hablar con Mara sobre la posible llegada de sus compatriotas, pero también entendía que ella necesitaba concentrarse en su entrenamiento. Con un suspiro, decidió que la mejor manera de manejar esto sería informarla después de la sesión de entrenamiento.

Mientras tanto, en el campo de entrenamiento, Mara continuaba mostrando su destreza con la espada. Legolas observaba con atención, corrigiendo sus movimientos y ofreciéndole consejos valiosos. Ambos estaban inmersos en el ejercicio, los sonidos de sus espadas chocando resonaban en la explanada.

- Muy bien. - dijo Legolas, deteniéndose para tomar un respiro. - Estás mejorando rápidamente. Ahora, intentemos una serie de movimientos combinados. Quiero ver cómo manejas las transiciones rápidas entre ataque y defensa.

Mara asintió, lista para el desafío. Tomó una postura firme y esperó la señal de Legolas. Cuando comenzó, sus movimientos eran fluidos y precisos, una danza letal de acero y agilidad. Legolas la empujaba al límite, desafiando a mejorar con cada golpe. Después de un intenso intercambio, ambos se detuvieron, respirando con dificultad pero satisfechos con el progreso.

- Excelente. - dijo Legolas con una sonrisa. - Volveremos más tarde con esto, ve. - comentó marchándose del lugar. Mara asintió, agradecida por la pausa. Mientras bebía agua y recuperaba el aliento, notó una figura familiar acercándose. Era el rey Thranduil, con una expresión grave en su rostro.

- Mara, necesito hablar contigo - dijo Thranduil, su voz suave pero firme. Mara se levantó y se acercó, sintiendo una ligera inquietud por el tono del rey.

- ¿Qué sucede, majestad? - preguntó, preocupada.

- He recibido información de que un grupo de elfos de Arathron se dirige hacia nuestras fronteras. Están buscándote.

Mara sintió un nudo en el estómago. Había esperado este momento, pero no tan pronto. La preocupación por lo que esto significaba para su nuevo hogar y su entrenamiento se mezclaba con el temor de ser llevada de regreso a su antiguo pueblo.

- ¿Cómo saben que estoy aquí? - observó al rey a su lado.

- ¿Te siguieron? - inquirió cruzando los brazos detrás de su espalda.

- No, me percaté de ello, majestad.

- Thranduil, para ti. - el rey alzó la vista, con cierta superioridad, pero luego la bajo para mirarla a ella. - ¿Cómo fue el entrenamiento? ¿Qué dominas exactamente?

- Arco, espada, dagas, cualquier arma. Aún no estoy familiarizada con combate cuerpo a cuerpo.

- Lo haré yo. - se encaminó a su derecha, en dirección a la sala de trono, pero por otra entrada. - ¿Viene conmigo? - Mara asintió, siguiendo al rey.

Thranduil permanecía en silencio, su rostro serio y pensativo. Mara podía sentir la tensión en el aire mientras se acercaban a la sala del trono. Cuando llegaron a la sala del trono, Thranduil se detuvo frente a las grandes puertas de madera tallada. Mara lo observó, esperando sus palabras con una mezcla de ansiedad y determinación.

- Antes de que entremos... - comenzó Thranduil, su voz tranquila pero firme -... quiero que entiendas que, pase lo que pase, estás bajo mi protección. Tu seguridad es mi responsabilidad y haré todo lo posible para asegurarme de que estés a salvo. - Mara asintió, sintiendo un atisbo de alivio al escuchar las palabras del rey. Aunque no sabía qué depararía el futuro, al menos sabía que no estaría sola en este desafío.

- Gracias, Thranduil. - respondió con sinceridad. Thranduil le ofreció una sonrisa leve antes de abrir las puertas de la sala del trono y mostrar una habitación con armas, la sala de armas real.

El rey cerró las puertas una vez que la joven entró, y se quitó la capa, mostrando su atuendo real, pero con armadura. Con un ágil movimiento sacó su espada y la apuntó directamente al cuello de la joven, dejándola estática en el sitio, de espaldas a él.

- Un movimiento limpio y caes. - dijo solemnemente. - ¿Qué harás?

Mara observó su entorno, las armas y al rey. Tenía mucho con lo que jugar, arco, espada, dagas o sus manos... Suspiró y cerró sus ojos, se agachó y cogió de la mesa unas dagas plateadas y se armó con ellas. El rey alzó las cejas, poco sorprendido y empezó a dirigir su espada hacía ella con rapidez, contándole a la joven el poder esquivar.

Mara se movió con agilidad, esquivando los ataques del rey Thranduil mientras mantenía una postura defensiva con las dagas en sus manos. Cada movimiento era preciso y calculado, consciente de la habilidad y la velocidad de su oponente. A pesar de sus esfuerzos, Thranduil logró asestar un corte superficial en el brazo, haciendo que Mara retrocediera con un gruñido de dolor.

- Bien, pero debes ser más rápida en tus movimientos. - comentó Thranduil, su tono calmado pero firme.

Mara respiró hondo, ignorando el dolor en su brazo mientras se preparaba para el siguiente ataque. Se centró en su entrenamiento, buscando una apertura en la defensa del rey elfo. Cuando Thranduil lanzó otro ataque, Mara respondió con una serie de movimientos rápidos y precisos, buscando debilitar la guardia del rey, pero era imposible.

- No puedo. - dejó caer las dagas y se detuvo a escasos metros de él.

Thranduil detuvo su espada en el último momento, observando a Mara con atención. Podía ver la determinación en sus ojos, pero también la frustración por no poder seguirle el ritmo. Bajó la espada lentamente y se acercó a ella con una expresión seria pero comprensiva.

- Es normal que te cueste al principio. El combate contra mi no es un desafío considerable. Pero el entrenamiento es un proceso continuo, mejorarás.

- Será mejor que me retire. - continuó su camino, agarrando su brazo, pero fue detenida por el rey.

- Es superficial, pero puede infectarse de la misma manera que otras, espera un momento. - la miró y se marchó a una habitación contigua, llegando con unas telas bañadas en hierba. - Mañana sólo tendrás una cicatriz leve, ¿quién te enseñó a pelear así? - Se apoyó en la mesa, al lado de un arco y extendió su mano a la joven.

- Nadie, tuve que aprender sola. - extendió su brazo permitiendo que Thranduil limpiara la herida con cuidado. Su tacto era suave y firme a la vez, transmitiendo una sensación de calma que contrastaba con la intensidad del momento anterior. - Gracias... ¿qué puedo hacer?

- ¿Con qué, exactamente? - se colocó la capa de nuevo, tapando su armadura. -

- Quisiera ayudar, ser útil. Conozco la política de cada reino, sus reyes, su historia...sé defenderme, como he visto.

- Puede que tenga un trabajo para ti. - caminó hasta la sala del trono y mandó a llamar a Taruiel, una elfa pelirroja. - Una de mis leales, Taruiel, te enseñará esta parte del Bosque, será tu guía y espero que compañera. Cualquier duda, podrás acudir a Legolas o a ella. - se sentó en el trono y la observó pensativo. - ¿Dijiste que sabes de historia y política élfica?

- Sí, señor. - se mantuvo lejos del trono, por respeto.

- ¿Sabes cartografía?

- Si.

- Perfecto. No tengo a ninguno de utilidad, ni competente. - suspiró con una leve molestia, haciendo sonreír a la joven. - ¿Ocurre algo?

- No. - volvió a tener su rostro sereno, pero ante la reacción del rey tuvo que bajar la mirada.

Thranduil observó a Mara por un momento, detectando la chispa de determinación en sus ojos. Había algo en ella que le recordaba a sí mismo en su juventud, cuando aún estaba forjando su camino como líder. Decidió que valía la pena darle una oportunidad y ver qué podía aportar al reino.

- Bien, entonces serás mi nueva cartógrafa y asesora política. - anunció Thranduil, tomando una decisión en ese momento. - Te proporcionaré los recursos que necesites para realizar tu trabajo.

- Majestad. - Taruiel llegó e hizo una reverencia. - ¿Qué necesita?

- Ella es Mara, mi nueva cartógrafa y asesora política. - la señaló para después observar de nuevo a Taruiel. - Quiero que le enseñes el reino completo, que vea como somos, nuestras costumbres. He visto potencial en ella, a pesar de los dos días que lleva aquí.

- ¿Mara de Arathorn? - la miró para después sonreír. - ¿La pequeña Mara?

- ¿Taru? - Mara la miró de la misma manera, sin acercarse.

- ¿Ocurre algo? - el rey las había observado con curiosidad.

- Majestad, ella es Mara Arathorn, princesa del Bosque Blanco. - hizo una reverencia a la joven y le dirigió la mirada al rey. - No oía de vos desde la guerra de los cinco ejércitos... Desapareciste.

- ¿El Bosque Blanco? - Thranduil se levantó y bajó del trono. - Enséñame su brazo izquierdo. - extendió su mano a la joven morena, quién dudo. - Ahora.



Mara se estremeció ante la orden directa del rey, pero extendió su brazo izquierdo hacia él, dejando al descubierto una marca en forma de V. Thranduil examinó la marca con atención, sus dedos trazando suavemente el contorno mientras su expresión se volvía pensativa.

- Esta marca... - murmuró Thranduil, más para sí mismo que para los demás presentes. - Es la misma que vi en los informes... la marca de la princesa de Arathron.

Mara sintió un escalofrío recorrer su espalda al escuchar las palabras del rey. La situación se había vuelto aún más complicada de lo que había imaginado. Si su identidad como princesa de Arathron era descubierta, podría desencadenar una serie de eventos que pondrían en peligro no solo su vida, sino también la de aquellos a quienes había aprendido a llamar amigos y aliados.

- ¿Cómo..? - Mara comenzó a preguntar, pero Thranduil la interrumpió con un gesto de la mano.

- No necesitas explicarte, Mara. - dijo Thranduil, su tono sereno pero firme. - Tu secreto está a salvo conmigo, pero necesito que comprendas la gravedad de la situación. Los elfos de Arathron no son bienvenidos en mi reino, pero mientras estés aquí, estás bajo mi protección.

- Vamos, hay que empezar cuanto antes. - Taruiel miró al rey y con sólo asentir, Thranduil dejó a Mara con Taruiel.

- Taruiel. - la elfa se volvió a ver al rey. - Protégela con tu vida si algo ocurre.

- Sí señor. - asintió volviendo con la joven y caminando junto a ella, siendo su escolta. - Explícame como llegaste aquí, Mara... - llegaron al puente de piedra y una vez solas, ambas se abrazaron.

- Te he echado de menos. - se abrazaron con fuerza, para separarse y continuar su camino al claro del bosque.

- Y yo... ¿has huido, verdad?

- Las cosas se complicaron, habían orquestado un matrimonio y esa misma noche me marché. Mi hermano me siguió, Lanert , y dos guardias fueron alertados. Corrí hasta que llegué al puente, y conocí a Legolas y Thranduil.

- Es... Thranduil no deja a ningún extraño hospedarse aquí. Eres la excepción y me alegro. Te vi pelear con Legolas... ¿cómo te hiciste eso? - señaló su brazo con una tela blanca.

- Thranduil quiso enseñarme cuerpo a cuerpo, sus técnicas. Le estudié, y fallé... ¿Un rey no hace eso por un extraño, y menos el rey del Bosque Negro?

- Supongo que tienes razón. Thranduil no suele ser tan... amistoso con los forasteros. Debe ver algo en ti que lo hace confiar en ti. - Taruiel miró a Mara con una expresión de curiosidad y admiración. - ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Volver a Arathron?

Mara frunció el ceño, contemplando sus opciones. La idea de regresar a su antiguo hogar la llenaba de ansiedad y temor, pero también sabía que no podía quedarse en el Bosque Negro para siempre. Suspiró, tratando de encontrar una respuesta que satisficiera sus preocupaciones.

- No lo sé... - murmuró Mara, sintiéndose abrumada por la incertidumbre de su futuro. - No puedo volver a Arathron, al menos no ahora.

- Shh. - Taruiel sacó su arco y se colocó detrás de un árbol, empezó a escalarlo seguida de Mara, quien estaba viendo a guardias del Bosque Blanco caminar cerca de las fronteras del Bosque Negro. Saltó hasta otro árbol y observó con más claridad lo que hacían, poner minas alrededor de las fronteras.

- Sí algún elfo se adentrará en las fronteras y se encontrará en una mina, iniciaría la guerra. - susurró Mara, sabía cómo eran esas minas. -Tenemos que avisar a Thranduil. - susurró Mara, su voz llena de urgencia mientras mantenía la mirada fija en los guardias.

Taruiel asintió con gravedad, compartiendo la preocupación de Mara por la situación. Juntas, se deslizaron por los árboles con sigilo, procurando no llamar la atención de los guardias mientras se dirigían de regreso al palacio.

Una vez que estuvieron lo suficientemente lejos, corrieron hacia el palacio, atravesando los senderos del bosque. Sabían que cada segundo contaba, y debían informar a Thranduil sobre las minas colocadas en las fronteras antes de que fuera demasiado tarde.

Al llegar al palacio, se dirigieron directamente a la sala del trono, donde encontraron a Thranduil conversando con su consejero más cercano. Sin perder tiempo, Taruiel se acercó al rey, su expresión seria y urgente, sin percatarse de la ausencia de Mara.

- Thranduil, tengo que hablar contigo. Es urgente. - dijo Taruiel.

- ¿Qué ocurre, y Mara? - inquieto, se dirigió cerca de la elfa, vio como miraba a su lado y la joven morena no estaba.

- Estaba detrás de mí, vinimos juntas, no la perdí de vista.

- No, fue por ellos. - el estruendo de las minas desatándose alertó a Legolas y apareció al lado de su padre.

- Iré contigo. ¡Vamos! - con su arco en mano, Legolas y Taruiel corrieron al interior del bosque.

- ¡Traed prisioneros vivos! - gritó el rey. - Quiero a más guardias en las fronteras. - ordenó a los guardias de la gran puerta.

En el bosque, con un arco y flechas, la princesa explotaba las minas y alejaba a los guardias, pero varios de ellos la reconocieron e intentaron ir por ella. El líder de la guardia la detuvo con un certero golpe de su espada, y ella sacó sus dagas.

- Princesa, vuelva a casa. - le solicitó el líder bajando sus armas.

- Esa ya no es mi casa. - gruñó levantándose. Con el arco en alto y las dagas en sus manos, Mara se enfrentaba a los guardias del Bosque Blanco.

Los guardias, aunque sorprendidos por la resistencia de la princesa, no vacilaron en enfrentarla. Se abalanzaron hacia ella con sus espadas desenvainadas, pero Mara respondió con movimientos ágiles y precisos, bloqueando y esquivando cada golpe con maestría.

Por otro lado, Legolas y Taruiel se apresuraban a través del bosque, siguiendo el rastro de las explosiones y el ruido de la lucha. Sabían que debían llegar a tiempo para ayudar a Mara y evitar una escalada aún mayor de la violencia.

- ¡Mara agáchate! - gritó Legolas disparando una flecha desde un árbol cercano, alertando a los guardias, hasta que oyeron caballos acercándose. - ¡¿Qué hacías aquí?!

- Tenemos que irnos. - dijo Taruiel. - Ya alertamos a Thranduil.

- El rey Thrnaduil. - diez caballos se detuvieron delante de ellos, y un hombre de mediaba edad apareció frente a ellos. - Mi hija aliándose con el Bosque Negro, decepcionante. - Mara bajo la mirada, y los elfos se colocaron delante de ella.

- Ella no es suya. - Taruiel bajo su arco, pero Legolas se mantuvo alerta.

- Lo sé. Por ello vine. - sus guardias le alertaron de movimiento cercano y alzaron sus arcos, pero al ver una armadura grisácea aparecer, se tensaron. - Rey Thranduil.

- Trioth de Arathorn. - detuvo su caballo a centímetros de ellos. - Si pasan las fronteras iniciarán una guerra que no ganarán, sólo por una chica.

- Esa chica es mi hija. - gruñó el rey con recelo. - Y volverá a casa tras su error.

- Esas minas, que sus guardias colocaron bajo su orden amenazan mi reino, y si llega a morir alguno de mis hombres o incluso ella. - la señaló. - Empezará una guerra que su pueblo ha estado evitando durante siglos.

- Ven, Mara. - su padre extendió su mano hacia ella, pero la joven no se movió. - ¡Mara!

Mara se mantuvo firme, con los ojos fijos en su padre pero sin moverse de su posición. La tensión en el aire era palpable mientras los dos reyes se enfrentaban, cada uno con sus propias motivaciones y preocupaciones. Thranduil, con la mirada fría pero determinada, no retrocedió ante la presencia de Trioth de Arathorn.

- Su hija cruzó mis fronteras con el deseo de ser un elfo del Bosque Negro, observé la marca. No está. - Legolas le levantó la manga a la joven y era cierto, al verle la marca, Thranduil la hizo desaparecer temporalmente.

- Es mi hija, Thranduil. - insistió Trioth, su tono cargado de desesperación y preocupación. - No puedo permitir que se quede aquí, donde su vida está constantemente en peligro.

- Mara... - dijo Trioth con voz suave, extendiendo la mano hacia ella una vez más. - Ven conmigo. Es hora de que regresemos a casa. - Pero antes de que Mara pudiera responder, un nuevo sonido interrumpió la tensa situación. Era el ruido de más caballos acercándose, y esta vez, no venían del lado de Arathorn.

- ¡Rey Thranduil, hemos recibido informes de una incursión en las fronteras! - exclamó uno de los guardias, llegando al lugar con rostro preocupado.

Thranduil frunció el ceño, comprendiendo la gravedad de la situación. Si los guardias de Arathorn habían iniciado una incursión en su territorio, la posibilidad de una guerra era ahora más real que nunca.

- Mirana.... - el rey del bosque blanco bajo la mirada. - ¿Qué has hecho?

- La reina ha ordenado la captura de la princesa, majestad. - informó el guardia a su izquierda.

- Esto cambia las cosas. - sonrió Thranduil. - Tras esta absurda conversación, he decidido acabar con esto personalmente. - con un gesto, el rey ordenó la movilización de su ejército. - Preparaos para la guerra.

- Padre, fue por el norte aún no llegaron al poblado. - Legolas guardó su arco y siguió a la guardia.

- Tienes dos opciones, o volver con ellos o volver con nosotros. - Thranduil observó a Mara callada al lado de Taruiel. - ¿Qué decides?

Mara observó a ambos reyes y con la mirada decidida, se alejó de Taruiel y se acercó a su padre. Le susurró una vez estando cerca su decisión y volvió al lado de Taruiel, ahora frente a su rey. Estaban listos para una guerra política entre ambos reinos, pero no ante la rabia de la reina del Bosque Blanco, Mirana de Arathorn.

- No volveré, como dijo Thranduil, ese no es más mi hogar. - asintió a su padre y miró al rey del Bosque Negro.

- En ese caso... - le extendió su mano y la subió detrás de él en su caballo. - Acabaremos antes de que empiece. - dirigió su caballo de vuelta a su reino, desde lejos se observaba el humo y el fuego.

- Thranduil. - el rey se volvió a la joven. - Gracias, no sé como agradecérselo.

- No lo hagas. - con una leve sonrisa galopo hasta encontrarse con Mirana.

- ¿Dónde está? - gruñó Mirana alzando su espada.

- Fuera de vuestro alcance. - le enseñó la insignia de su reino y la sangre de su hija, la misma tela que la joven utilizó al cortarse con la espada de Thranduil. - ¿Quieres pruebas? - sonrió cínico acercando su caballo a la reina, manteniendo detrás de él a la joven elfa.

- No hace falta. - con un arco apuntando al rey desde lejos, una flecha se disparo y antes de llegar a la elfa, Thranduil la detuvo con su mano. - Esta guerra se detuvo hace un siglo, y un error por parte de mi primogénita la terminará, ¿sólo sabe que huyó para no casarse, no es así? Ella es un estorbo, la única de mi linaje real, una bastarda... Del Bosque Negro.

- Si, puede que lo sea, puede que sea una elfa de mi reino, lo sé. - confirmó Thranduil mostrando su marca de su linaje, y apareciendo en el brazo de Mara una marca idéntica. - Puede que no sea de mi familia, pero lleva esa insignia en su piel. Él es su padre, sí, pero ella es mía. - concluyó alzando su mano y haciendo que sus arqueros apuntarán a la reina.

- Si quiere guerra, la tendrá. - sacó su espada, pero antes de cabalgar hacia Thranduil, Mara se bajó del caballo y se colocó entre ellos.

-¡Basta! Si me quieres, aquí me tienes, mátame si soy un estorbo. - gritó decidida.

- Mara. - le detuvo Thranduil con su voz firme.

- ¡Esa niña es una traidora y merece ser castigada por sus acciones! - Mirana se irguió en su caballo, sus ojos centelleando de rabia.

- Mara no es una traidora. - Thranduil respondió con calma, aunque su mirada era dura como el acero. - Ella buscó refugio en mi reino y yo decidí protegerla. Si deseas una guerra, Mirana, tendrás que enfrentarte a todo el Bosque Negro.

- A todos y cada uno. - Legolas se colocó al lado de Mara y Taruiel en un árbol cercano, vigilando lo que ocurría a la espera de órdenes por parte de Legolas. - Si hacen una guerra por un malentendido sin sentido, se enfrentarán a todos.

- Os bañareis en sangre, arquero. - escupió con asco el príncipe Lanert a lomos de un caballo negro, acercándose junto a su guardia.

Legolas mantuvo su mirada fija en el príncipe Lanert, sus ojos azules fríos como el hielo. El aire se llenó de tensión mientras los dos bandos se mantenían a la espera, cada uno listo para desatar su furia.

- Si es sangre lo que deseas, será tuya la primera en ser derramada. - replicó Legolas con una voz que no dejaba lugar a dudas sobre su determinación.

- Detened esto ahora. - la voz de Thranduil resonó con autoridad. - No permitiremos que la avaricia y el orgullo destruyan lo que hemos construido. Mirana, retira a tus guardias y negociaremos una tregua. Si no lo haces, me aseguraré de que Arathron pague caro por cada vida perdida.

Mirana apretó los dientes, sus ojos llenos de odio y frustración. Sabía que Thranduil no era alguien a quien se pudiera intimidar fácilmente, y sus fuerzas no estaban en posición de enfrentarse a todo el Bosque Negro.

- Muy bien, Thranduil. - cedió finalmente Mirana, levantando su mano en señal de retirada. - Pero no pienses que esto ha terminado. La princesa Mara deberá responder por sus actos.

- Mara no irá a ninguna parte. - respondió Thranduil con firmeza. - Si decides atacar de nuevo, estarás declarando la guerra. Y créeme, no te gustará el resultado.

Con una mirada asesina hacia Mara y Thranduil, Mirana giró su caballo y se alejó, seguida de sus guardias. Lanert lanzó una última mirada de desprecio hacia Mara antes de seguir a su madre, pero no sin dejar escapar una advertencia:

- Esto no ha terminado, hermana. Volveré por ti.

Mara observó cómo se alejaban, sintiendo una mezcla de alivio y tristeza. Sabía que había tomado una decisión difícil al quedarse en el Bosque Negro, pero también entendía que su regreso a Arathron significaría su muerte o una vida de esclavitud.

- Thranduil... - comenzó Mara, pero el rey levantó una mano para silenciarla.

- No tienes que explicarte. - dijo suavemente, su mirada suavizándose. - Nos ocuparemos de lo que venga. - Y con ello, se alejó al palacio dejando a Legolas y Taruiel acercarse.

- ¿Estás bien? - preguntó Taruiel, colocando una mano en el hombro de Mara.

- Sí, gracias. - respondió Mara.

- A ti. - respondió Legolas. - Será mejor que cuentes todo lo que acabo de oír.

- Lo haré. - suspiró adentrándose al palacio con sus nuevos compañeros, a los que jamás perdería, salvo en la muerte.

Mara suspiró con alivio mientras observaba a sus antiguos compatriotas desaparecer en la distancia. La decisión de quedarse en el Bosque Negro había sido difícil, pero estaba segura de que era la correcta. Con Thranduil, Legolas y Taruiel a su lado, sentía su vida renovada, de nuevo.



- ¿Cómo pudieron hacerme esto? - murmuró Mara, su voz cargada de angustia. - Mi propia madre... planeando traicionar a mi padre, a nuestro reino, solo por su ambición. - Legolas puso una mano reconfortante sobre el hombro de Mara, transmitiendo su solidaridad. Taruiel asintió con comprensión, sus ojos reflejando la empatía hacia la joven princesa.- A veces pasa en familias rotas, pero a veces la ambición puede cegar incluso a aquellos más cercanos a nosotros. - comentó Taruiel, su tono suave pero firme.

Mara asintió lentamente, sumida en sus recuerdos. La imagen de su madre, Mirana, planeando en secreto con los nobles del sur y forjando alianzas con los enemigos de su reino se había grabado en su mente como una traición imperdonable.

- Todo comenzó hace semanas cuando me enteré de que no era suya... - comenzó Mara, su voz temblorosa mientras revivía los eventos en su mente.

"Me encontraba en la biblioteca del palacio, un lugar que siempre había considerado mi refugio. Entre los pergaminos antiguos y los tomos de sabiduría élfica, descubrí un documento sellado con el emblema de mi familia. Mi curiosidad me llevó a romper el sello y desplegar el pergamino, sin saber que lo que leería cambiaría mi destino para siempre.

El documento era una correspondencia entre mi madre y el líder de los elfos del sur. Leí con horror cómo planeaban derrocar a mi padre, el rey, y cómo yo era la pieza central de ese plan. La propuesta de matrimonio no era más que una fachada para unir los reinos bajo una nueva corona, una corona que Mirana deseaba llevar.

La traición era demasiado profunda, y supe que debía actuar. Con el corazón pesado, tomé la decisión de huir esa misma noche. Empaqué lo esencial y escribí una carta a mi padre, revelando la conspiración y expresando mi amor y lealtad hacia él."

- Elegiste bien al venir aquí. Los elfos del sur nunca han sido vistos, no por mí ni ninguno de mi linaje. Son una especie... distinta, peculiar. - informó Legolas desde una parte de la sala.

- Sangrientos, llenos de locura... Aman la guerra, la aman más que a su propia vida. - siguió Thranduil. - Mirana a cometido traición, y tu padre a cargado con ello tras marcharse.

- ¿Cómo? - se volvió a Thranduil

- Tu padre huyó hace unas horas, mis guardias lo localizaron cruzando el río. Ahora la reina es Mirana. - camino por la sala de brazos cruzados. - No iniciaré una guerra que no me corresponde, ni a mi ni a ti. Puede que lleves mi sangre, pero no eres mía, no del todo. ¿Sabes quién es tu madre en realidad?

- No, ni quiero. Sólo sé que era del Bosque Negro, de la realeza.... Pero y mi padre... ¿Sabe a donde fue?

- No, ni quiero. Estará más seguro lejos de este lugar. - Observó a su hijo. - Acompáñala a su habitación, quedaos con ella hasta nuevo aviso directamente de mí.

- Así será señor. - asintió Taruiel con la cabeza.

- ¿Vas a detenerme en mi habitación como una esclava?

- No, pero si Mirana piensa en volver, estaré preparado y te tendré lejos de la batalla. - concluyó marchándose de la sala, pero no sin antes llamarla a ella. - Ven conmigo. - ella asintió y se alejó con él.

- Dime la verdad. - por primera vez desde su estancia, encaró al rey.

- Me importas, por ello quiero alejarte de la guerra. Después de mi orden, mi hijo te llevará lejos de aquí, si doy la orden. Si no es así, esta guerra habrá acabado antes de que salgas.

- Déjame pelear contigo. - Thranduil sonrió ante tal atrevimiento,.

- No quiero arriesgar a otro elfo.

- Acabas de decirlo, no soy otro elfo. - se acercó a él, pero el rey se dirigió a ella, a sus ojos.

- Mara, comprendo tu deseo de pelear, pero debes entender que mi preocupación por ti va más allá de cualquier batalla. Eres valiente y decidida, pero también eres la última de tu linaje, una preciosa joya que debemos proteger a toda costa. - Thranduil puso una mano sobre el hombro de Mara, su mirada llena de ternura y preocupación. - No puedo arriesgarme a perderte.

Mara miró al rey con una mezcla de gratitud y determinación en sus ojos. Sabía que Thranduil estaba tratando de protegerla, pero también sentía el fuego ardiente de la voluntad dentro de ella.

- Pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras mi reino se desmorona. - respondió Mara con firmeza, su voz resonando con determinación. - Si hay una guerra por venir, quiero estar del lado de mi gente, defendiendo lo que es justo. - Thranduil la miró con orgullo, reconociendo el espíritu valiente y noble que ardía dentro de ella.

- De acuerdo.... pero...- un estruendo hizo temblar el lugar donde se encontraban. Las puertas se abrieron y entraron Legola y Taruiel armados con arcos y dagas.

- Padre. Están aquí, hemos podido sacar al pueblo, pero están entrando por el puente y las fronteras, elfos del sur y guardias liderados por Mirana. - le lanzó un arco a Mara y Taruiel se colocó a lado.

- En ese caso, lucharemos. - con determinación, jaló a la joven hasta la zona de guerra y la montó en un caballo negro. - No me pierdas de vista. - se armó con su espada y se retiró su corona, saliendo a la batalla a lomos de su ciervo. - No permitiremos que penetren más allá de nuestras defensas. - declaró Thranduil con determinación, su mirada fija en el enemigo que se aproximaba.

Los elfos del sur avanzaron con ferocidad, guiados por el deseo de conquista y la sed de sangre. Las flechas silbaron en el aire mientras los arqueros del Bosque Negro respondían con precisión mortal. El choque de las espadas resonaba en la noche, mezclado con gritos de guerra y el clamor de la batalla.

Mara se lanzó al combate con determinación, su espada brillando en la oscuridad mientras luchaba contra los invasores. Su corazón latía con fuerza, impulsando hacia adelante mientras se abría paso entre las filas enemigas. Taruiel luchaba a su lado, su destreza con el arco complementando los ataques de Mara con precisión letal.

- ¡Mara, cuidado a tu izquierda! - gritó Taruiel, señalando a un enemigo que se abalanzaba sobre ella.

Mara giró rápidamente, bloqueando el ataque con su espada antes de contraatacar con ferocidad. Su entrenamiento con Thranduil había fortalecido su habilidad en el combate cuerpo a cuerpo, y ahora lo ponía en práctica con determinación implacable.

Mientras tanto, en otro frente de batalla, Legolas lideraba a los guerreros del Bosque Negro con destreza y valentía. Su arco cantaba en el aire, derribando a los enemigos con precisión mortal mientras se movía con gracia entre los árboles. Su presencia era como un rayo de esperanza en medio de la oscuridad de la guerra, inspirando a sus camaradas a luchar con renovada ferocidad.

Sin embargo, la batalla no transcurría sin pérdidas para el Bosque Negro. Thranduil se encontró enfrentando personalmente a Lanert, el príncipe de los elfos del sur, en un duelo feroz que resonaba con la intensidad de su conflicto. Los aceros chocaron con fuerza mientras se enfrentaban con agilidad.

Pero Thranduil respondió con habilidad y astucia, esquivando el golpe y contraatacando con una precisión mortal. Su espada encontró su objetivo, hiriendo al príncipe en un golpe certero que lo hizo retroceder con un gruñido de dolor y con una sonrisa, dejó que sus elfos guerreros acaban con él, volviendo a cabalgar.

- ¡Rey Thranduil! - gritó Mirana sosteniendo a Legolas con una herida en el hombro, y una daga en su cuello. - O su hijo o la mía.

- Será el tuyo entonces. - Y con un gesto, Mara se armó con el arco y disparó una flecha a lo lejos, impactando contra su hermano, matándolo en el acto.

Con esa distracción, Legolas le cortó la mejilla a Mirana y escapó de su agarre enfrentándose a ella, pero Thranduil lo alejó, bajando con elegancia de su montura.

-¡No! - gritó Mirana con desesperación al ver el cuerpo de su hijo muerto en el suelo.

- Sin hijo, ni aliados... Ríndete. - sonrió Thranduil, sacando su espada.

- Lo harás tú. - le sonrió, bajando de su caballo y observando su alrededor, ambos elfos luchaban por su reino entre sudor y acero. Se encaminó con su espada dorada y chocaron sus armas y una pelea feroz entre Thranduil y Mirana se desató.

Mara observaba con el corazón en la garganta, su mano apretando con fuerza el arco mientras buscaba una oportunidad para intervenir. Taruiel permanecía a su lado, su mirada fija en la escena con una mezcla de preocupación y determinación.

- ¡Hazlo, Mara! - gritó Taruiel, instándole a tomar acción.

Mara apuntó con su arco, su mente centrada en el objetivo mientras esperaba el momento adecuado para disparar. Sabía que cada segundo contaba, y que la vida de Thranduil dependía de su precisión y velocidad.

- Dámela. - Legolas le arrebató el arco y apuntó, pero falló, rozando a su padre, ganándo por un segundo la mirada furiosa de su padre.

- ¿Le diste? - sonrieron ambas elfos.

- Callaos. - susurró marchándose con elegancia y trepando por lo árboles para acabar con más guerreros enemigos.

- Me toca. - Mara alzó el arco y disparó, apuntando a Mirana. Pero la flecha impactó en ella, haciendo que gritará de dolor dando un golpe al rey. - ¡Thranduil ! - el rey lo llegó a esquivar, pero tarde, dejándole una marca en el torso.

- ¡No! - gritó Legolas, corriendo hacia él con urgencia.

Pero Thranduil no escuchó. Con un grito de guerra, descendió su espada con fuerza, cortando el aire con un golpe mortal que acabó con la vida de Mirana de una vez por todas. El Bosque Negro resonó con el eco de su victoria, su espada brillando con la sangre de su enemiga caída.

El silencio cayó sobre el campo de batalla mientras todos absorbían la magnitud de lo que acababa de ocurrir. Thranduil se levantó lentamente, su mirada fija en el cuerpo inerte de Mirana mientras la realidad de su victoria se hundía.

- Está hecho. - murmuró Thranduil, su voz cargada de emoción mientras observaba el resultado de la batalla. - La guerra ha terminado... - guardó silencio por unos segundos, su mirada recorriendo el campo de batalla lleno de cuerpos inmóviles y compañeros heridos.

Mara se acercó a él, su respiración entrecortada por el esfuerzo y la emoción. A pesar de la victoria, el dolor de la traición y la pérdida era palpable en el aire. Thranduil levantó la vista y vio a su hijo, Legolas, acercarse con preocupación en el rostro.

- Ada, estás herido. - dijo Legolas, su voz teñida de urgencia.

- No es nada que no pueda soportar. - respondió Thranduil con un intento de sonrisa, aunque la herida en su torso le causaba un dolor visible. - Hemos ganado, y eso es lo que importa.

Taruiel y Mara se unieron a ellos, sus rostros marcados por la fatiga pero con una chispa de esperanza en sus ojos. Taruiel miró a Mara con un respeto renovado, reconociendo el valor que había demostrado en la batalla.

- Mara, tu valentía ha sido extraordinaria. - dijo Taruiel, su tono sincero y admirado.

- Ahora debemos asegurarnos de que el reino esté seguro y de que los heridos reciban atención. - dijo la elfa asintiendo, Thranduil asintió en respuesta, su mirada volviendo al cuerpo inerte de Mirana.

- Legolas, Taruiel, llevad a Mara a un lugar seguro. Yo me ocuparé de organizar la ayuda para los heridos y asegurar nuestras defensas. - ordenó Thranduil, su tono firme y autoritario.

- No. - se acercó Mara firme al rey. - Ahora mi reino no tiene guía.

- Sí, lo tiene. - el líder de la guardia se arrodilló ante ella. - Puede que vuestro padre haya abandonado su cargo, pero ha vuelto y tú eres la única heredera.

- Mi única heredera. - sonrió el padre de Mara, cabalgando hacía ella.

- Padre. - corrió hacía él y lo abrazo.

- Quédate, jamás te vi pelear con tanto coraje, ni sonreír así. - miró a Thranduil. - Ahora este será parte de tu reino, pero puedes volver si así lo deseas. Tengo que lidiar con los civiles que estuvieron del lado de tu madrastra, pero no es mi decisión.

- Mara, puedes quedarte, eres bienvenida aquí. - concluyó Thranduil sujetándose más a su montura, a pesar de ser fuerte tanto física como mentalmente, la hoja de Mirana tenía un débil veneno.

- Me necesitas, no tienes a ningún asesor político ni a una cartógrafa. - sonrió pícaramente al rey, quién le devolvió la sonrisa bajo la extraña mirada de Legolas.

- Entonces, eres una elfa del Bosque negro. - sonrió Legolas.

Thranduil cabalgó a través del campo de batalla, su mirada recorriendo los cuerpos caídos con pesar. La victoria había sido costosa, y el precio había sido alto. Contó las bajas con solemnidad, su corazón lleno de dolor por cada vida perdida en la lucha.

Mientras tanto, el padre de Mara se despidió con un gesto de la mano, su figura desapareciendo en la distancia mientras se dirigía a ocuparse de los asuntos del reino. Legolas y Taruiel se quedaron atrás, ayudando a los heridos y asegurando que recibieron la atención médica que necesitaban.

Mara permaneció al lado de Thranduil, su mirada atenta mientras observaba su semblante cansado. Su corazón latía con fuerza mientras se daba cuenta de lo mucho que había llegado a apreciar al rey durante la batalla. Cuando vio cómo se tambaleaba ligeramente en su montura, su instinto la llevó a actuar rápidamente.

- Thranduil. - dijo Mara con preocupación, su voz llena de urgencia mientras se acercaba a él.

Thranduil miró hacia abajo, su mirada cayendo sobre la sangre que manchaba su armadura. Antes de que pudiera reaccionar, Mara se adelantó y recogió un trozo de tela de su propia capa, usando con delicadeza para limpiar la herida en el torso del rey.

- Quieta, no. - apartó la mano de la joven, bajando de la montura.

- Pero necesitas que te atiendan. - insistió Mara, su voz llena de preocupación mientras miraba la herida de Thranduil.

- No te preocupes por mí, Mara. - Thranduil intentó tranquilizarla, aunque su voz estaba cargada de dolor. - Mis sanadores se ocupan de esto una vez que estemos de regreso en el palacio. Ahora debemos asegurarnos de que los heridos sean atendidos y de que el reino esté seguro.

- Está bien, pero prométeme que permitirás que te atiendan tan pronto como regresemos. - dijo Mara con firmeza, su mirada fija en la de Thranduil. Él sonrió ante la determinación de la joven princesa, asintiendo con la cabeza en acuerdo.

- Te lo prometo. - dijo Thranduil, su tono lleno de autoridad mientras dirigía su mirada hacia el campo de batalla.

El viento fresco del atardecer jugaba con los mechones plateados de Thranduil mientras él y Mara se detenían frente a las majestuosas cataratas que se extendían ante ellos. El rugido del agua al caer resonaba en el aire, llenando el ambiente con una sensación de poder y grandeza.

Thranduil miró hacia arriba, admirando la belleza natural que se desplegaba frente a ellos, sus ojos reflejando una mezcla de asombro y admiración.

- ¿No es impresionante? - dijo Thranduil, su voz llena de reverencia mientras contemplaba el espectáculo ante ellos. Mara asintió, sus ojos brillando con admiración mientras miraba las imponentes cataratas.

- Es increíble. Nunca me cansaré de verlas. - respondió Mara, su tono lleno de asombro mientras absorbía la magnitud del paisaje.

- ¿Tienes noticias de tu padre?

- No, sólo que ya acabo la guerra civil y hay paz. - bajo la mirada. - Le dijo al pueblo que había muerto, que yo he muerto de una enfermedad. - Al oírlo, Thranduil le alzó el mentón con su rostro serio.

- Hizo lo correcto si no vas a volver. - mantuvo su mano en el rostro de la joven. - No me dijiste tu edad, Mara.

- ¿Importa? - le miró directamente a los ojos.

- Sí. - sonrió levantándose y se colocó su capa oscura.

Thranduil comenzó a caminar hacia el borde de las cataratas, con Mara siguiéndolo de cerca. El sonido ensordecedor del agua resonaba a su alrededor mientras avanzaban por el sendero rocoso.

- Tengo dos mil años. - Mara finalmente respondió, su tono lleno de resignación mientras seguía al rey. - Pero en realidad, ¿importa? - Thranduil se detuvo y se volvió hacia ella, su mirada seria pero comprensiva.

- No, no importa. - dijo con suavidad. - Pero te lo pregunté porque quiero conocerte mejor, Mara. Tu edad es solo una parte de quién eres. - Mara asintió, sintiéndose un poco más cerca del rey después de su confesión. La brisa fresca jugaba con sus cabellos mientras permanecían juntos frente al espectáculo de la naturaleza.

- ¿Qué piensas hacer ahora? - preguntó Thranduil después de un momento de silencio, su mirada buscando la de Mara. Ella suspiró, contemplando las aguas tumultuosas que se extendían ante ellos.

- Serte de utilidad, odio quedarme sin hacer nada. - continuó andando con las manos cruzadas hacia atrás. - Antes creaba las coronas de mis padres, o exploraba.

- Un trabajo de plebeya. No es tu estilo. - se detuvo y se volvió hacia ella, curvándose a su altura. - ¿Qué quieres de verdad? - le preguntó firmemente.

- Thranduil... - él la jaló de la muñeca y con rapidez pasaron por un puente oculto dentro de las cataratas del que sólo él tenía conocimiento. - ¿Qué quiere que diga? ¿Qué quiero estar aquí, que sé lo que es ser rey y estar solo?

- Cómo... - se mantuvo cerca de ella.

- Sé lo ocurrido en su reino, su esposa, las batallas... Tenía a alguien en mi vida, majestad. Asesinado por los de mi misma sangre al no ser un elfo puro... - le observó de arriba a abajo. - Si, debo ser sincera, un rey como tú merece más que sólo una mujer. - y entonces, Thranduil levantó su mano y le golpeo en el rostro.

- ¡No sabes nada! - le gritó con furia. - Ella era única... al igual que tú. - bajo la vista y le dio la espalda. - Tienes un reino, familia, y decides abandonarla por esta parte del bosque. ¿Crees que me atraes y por esa razón he sido bueno contigo?

- No... - susurró Mara, su voz temblorosa mientras luchaba por contener las lágrimas que amenazaban con brotar. Thranduil permaneció de pie frente a ella, su expresión dura y fría mientras la miraba con una mezcla de frustración y desdén.

- No puedo creer que pensaras... - comenzó a decir Thranduil, pero Mara lo interrumpió con un gesto de su mano.

- Lo siento. - dijo Mara con voz entrecortada, su mirada bajando hacia el suelo mientras luchaba por controlar sus emociones. - No debí haber dicho eso. Fue un error. - Thranduil la miró con dureza, sus ojos llenos de desconfianza mientras evaluaba sus palabras.

- No podemos permitirnos cometer errores, Mara. No en este momento. - dijo Thranduil con firmeza, su tono lleno de advertencia. - Debes recordar tu lugar y cumplir con tus responsabilidades como mi consejera y guerrera. Nada más.

Mara asintió con la cabeza, su corazón pesado por la vergüenza y el dolor de haber perdido la confianza del rey. Thranduil la observó en silencio por un momento, su expresión inexpresiva mientras evaluaba sus palabras. Finalmente, asintió con la cabeza, su semblante suavizándose ligeramente y con una reverencia sin mirarle, la joven elfa salió del lugar.

- ¿Porqué? - dijo Legolas en lo alto de una de las grandes rocas.

- Debe recordar su lugar. - dijo solen mente, caminando lejos de allí.

- ¡Siempre eres así! - le grito. - Ella murió, hace muchos años, yo pasé por lo mismo que tú, por el dolor. Pero Mara no merece tu desprecio, no después de que la trataste así. - con esas últimas palabras, el hijo del rey volvió la vista a lo alto de la entrada y observó a Mara adentrarse en el palacio corriendo.

- Legolas, Taruiel necesita tu atención. - le informó un guardia.

- Iré enseguida. - dirigió su mirada a su padre y se marchó, saltando por las rocas.

Thranduil se detuvo junto a un claro en el bosque. Miró hacia arriba, hacia el dosel estrellado que se extendía sobre él, buscando respuestas en las luces parpadeantes del firmamento. Empezó a oír pasos de animales cercanos, y continuó caminando, el silencio siempre ayudaba a un rey a pensar.

- ¿Qué he hecho? - murmuró Thranduil en voz baja. El sonido de las hojas crujientes bajo sus pies lo sacó de sus pensamientos, y Thranduil se volvió para encontrarse con Legolas, quien se acercaba con una expresión preocupada en el rostro. - ¿Qué haces aquí? - preguntó Thranduil, su tono lleno de sorpresa al ver a Legolas en ese lugar solitario.

- He estado buscándote. - respondió Legolas, su voz tranquila pero firme mientras se detenía frente a él. - Taruiel necesita hablar contigo. Es sobre Mara.- Thranduil frunció el ceño ante la mención de Mara, sintiendo un nudo en el estómago al recordar su último encuentro con ella.

- ¿Qué pasa con Mara? - preguntó Thranduil, su voz tensa mientras se preparaba para escuchar lo peor.

- Se ha ido. - dijo alzando la voz.

- ¿Se ha ido? ¿Cómo? ¿Por qué? - Las preguntas brotaron de los labios de Thranduil, su voz llena de angustia mientras miraba a su hijo en busca de respuestas. Legolas exhaló un suspiro pesado antes de responder, su mirada preocupada reflejando la gravedad de la situación.

- Taruiel la encontró empacando sus cosas en su habitación. Parece que se marchó sin decir nada, pero tenemos una pista hacia donde puede haber ido. - explicó Legolas, su voz tranquila pero cargada de preocupación.

- Debo encontrarla. - dijo Thranduil con determinación, su voz firme mientras se preparaba para tomar medidas. - ¿Taruiel tiene alguna idea de dónde pudo haber ido?

- Sí, cree que se dirigió a La Comarca para encontrarse con su amigo hobbit, Frodo. - respondió Legolas, su mirada seria mientras observaba a su padre.

- El sobrino de Bilbo Bolsón... Ve con ella a La Comarca. - suspiró continuando su camino de regreso. - No enviaré a ningún guardia para traer a la próxima reina de Minkwood. - dijo seriamente.

- ¿Cómo? - Legolas alzó las cejas sorprendido.

- Será un tratado de paz entre ambos reinos élficos. Si ella es una de los nuestros, tendremos otro reino aliado además de los reinos enanos. - continuó su paso, dejando atrás a su hijo.

Legolas se encaminó al establo y de camino, se cruzó con Taruiel, no hizo falta decirle nada y se unió al él. Cabalgaron en sus caballos marrones hasta el atardecer, la Comarca quedaba a tres días de viaje y si la joven había encontrado un transporte, llegaría a s destino antes de lo esperado.

- ¿Qué te dijo? - Taruiel decidió romper el silencio mientras cabalgaban.

- La hará Reina. - el elfo no la miró, pero suspiró ante la decisión de su padre.

- ¡¿Qué!? - exclamó Taruiel, sorprendida por la noticia. - ¿Estás seguro de que es una buena idea? - Legolas frunció el ceño, reflexionando sobre la situación.

- No lo sé. Pero es la decisión de mi padre y debemos apoyarla. - respondió, su tono lleno de determinación mientras continuaban su camino hacia La Comarca.

El viaje transcurrió en relativo silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos y preocupaciones. Legolas no podía evitar preguntarse qué había llevado a Mara a dejar el reino de esa manera abrupta, y si estaría bien. Mientras tanto, Taruiel se preocupaba por el impacto que esta decisión tendría en el reino y en el futuro de su gente.

Después de tres días de viaje, llegaron a La Comarca, donde fueron recibidos con curiosidad por los habitantes locales. Legolas y Taruiel se dirigieron hacia la casa de Frodo Bolsón, esperando encontrar a Mara allí.

- Espero que esté bien. - murmuró Legolas, su preocupación reflejada en su voz mientras tocaban la puerta de la casa de Frodo. La puerta se abrió lentamente, revelando a un sorprendido Frodo Bolsón en el umbral.

- ¿Legolas? ¿Taruiel? ¿Qué los trae por aquí? - preguntó Frodo, su mirada llena de asombro al ver a los elfos frente a él.

- Estamos buscando a una elfa, Mara. - respondió Legolas, su tono serio mientras buscaba la mirada de Frodo en busca de alguna señal de reconocimiento. Frodo frunció el ceño, confundido por la pregunta.

- ¿Mara? No la he visto en un tiempo. ¿Por qué la están buscando? - preguntó, su preocupación creciendo mientras observaba a los elfos frente a él. Legolas suspiró, sintiendo un nudo en el estómago mientras consideraba cómo explicar la situación.

- Se fue del reino sin decir nada. Mi padre quiere asegurarse de que esté bien. - explicó Legolas, su voz llena de preocupación mientras miraba a Frodo en busca de alguna pista que los pudiera ayudar a encontrar a Mara. Frodo asintió lentamente, entendiendo la gravedad de la situación.

- Lo siento. No puedo ayudarlos. No he visto a Mara desde hace semanas. Pero... - de repente, unos pasos femeninos se acercaban al umbral al ver como su amigo tardaba en llegar. - Porras.

- ¿Frodo que pasa....? - Mara observó a Legolas y Taruiel. - No, podéis volver por donde vinisteis.

Legolas y Taruiel intercambiaron miradas sorprendidas al ver a Mara de pie frente a ellos, aparentemente ilesa pero claramente decidida a no regresar al reino con ellos. La joven elfa los miraba con determinación, su postura firme y su expresión desafiante mientras los enfrentaba en el umbral de la casa de Frodo.

- Tu partida fue repentina y mi padre está preocupado por ti. - respondió el elfo rubio. Mara los miró con dureza.

- No necesito la preocupación de tu padre, Legolas. Ni tampoco la tuya. - dijo Mara con firmeza, su voz cargada de emotividad mientras se mantenía erguida frente a ellos. - He tomado una decisión y no pienso volver atrás.

- Mara, por favor, no seas imprudente. No sabemos qué puedas enfrentar aquí sola. - intervino Taruiel, su tono lleno de urgencia mientras trataba de persuadir a su amiga para que regresara con ellos. Mara los miró con determinación, sus ojos brillando con una determinación inquebrantable.

- No estoy sola, Taruiel. Y no pienso regresar al reino donde no soy más que una ficha en el juego político de tu padre. - dijo Mara con firmeza, su voz llena de convicción mientras se mantenía firme en su decisión.

- ¿Lo sabías? - le preguntó Legolas entrando en la casa después de que Frodo les dejará paso con una seña.

- ¿Qué quiere un tratado de paz? Sí, lo leí en la sala del trono cuando recogía mis cosas. - se mantuvo lejos de ellos mientras era observada por Frodo.

- No, no exactamente, querida. - comentó al fin Frodo. - Sin un rey quiere un tratado de paz, con una princesa como tú, debe ser despojada en matrimonio.

- ¿Cómo? - exclamó sin creerlo, no sabía de esa ley.



Mara quedó en silencio tras oír lo que le habían dado a entender. Sabía que su padre quería unir ambos bosques, pero nunca se dignó a pedírselo a Thranduil. Ahora que él la tenía en su reino, había visto en varios de sus documentos una palabra en común.

- ¿Casarme con tu padre, Legolas? - se levantó de un sillón cercano y observó a los elfos recién llegados.

- Créeme, no me gusta la idea pero veo como es contigo. - mantuvo su rostro serio, pero se podían ver otros sentimientos en sus ojos.

- Sería una buena estrategia por parte del Rey. - aportó Frodo. - Una pena que tengas que irte, Mara, te perderás el baile de esta noche.

- No me acordaba. - se frotó la sien y suspiró.

- ¿Baile? ¿Qué baile? - preguntó Taruiel acercándose a la sala.

- En la comarca cada año se celebra un baile en honor al tío de Frodo, Bilbo, por su regreso en batalla y sus grandes aportaciones. Nunca me lo perdía cuando era pequeña.

- Entonces regresaremos mañana. Iré a darle las noticias a mi padre, volveré más tarde... - se volvió una vez que estuvo fuera de la casa. - Y Mara... Te lo agradezco.

- ¿El qué, Legolas? - le siguió confusa.

- Hacer a mi padre sonreír como nunca lo había visto, no desde la muerte de mi madre... - asintió una vez más mirándola. - Gracias.

- Dáselas a él por acogerme. - una vez que se despidieron, Mara entró de nuevo y le explicó junto a Frodo, que era el baile de la comarca. - Bien, Taruiel, toma asiento. - sonrió. - Legolas dejó a Mara con una ligera reverencia y se dirigióa su montura y galopó hacía su hogar para informar a su padre.

- Cada año, celebramos un baile, que puede durar horas con nosotros. - sonrió Frodo. - Adornan la plaza central con farolillos y algunos de los míos tocan música. Es un detalle del que nunca me queje, no desde que mi querida amiga Mara se junto a nosotros, llama la atención de muchos y ya es una más de La Comarca, cada vez que vuelve, claro.

- Siempre vuelvo, Frodo. - le dirigió una mirada divertida, para dirigirse a Taruiel después con una sonrisa. - Y no te preocupes por la ropa, no hay nada interesante en llevar algo para el baile, pero la música es preciosa cada año.

- Los bailes de Thranduil son... diferentes, aprenderé de este. - asintió curiosa.

- No hay que seguir pasos, sólo dejarse llevar. Esa es la ley del baile. - sonrió a su amiga. - Ahora cuéntame, ¿cómo fue la reacción de Thranduil al ver mi ausencia. - Taruiel suspiró y se acomodó en el sillón, cruzando las piernas con elegancia antes de comenzar a relatar.

- Al principio, estaba furioso. - confesó, mirando a Mara con una expresión grave. - No le gusta que sus planes se alteren y tu ausencia lo era, por lo menos para él. Pero cuando... cuando le mentí, explicándole que habías ido a la Comarca a ver a Frodo por qué te conozco y sé que vendrías, su furia se apaciguó un poco.

- Interesante. - empezó a reír. - Has mentido a un rey por mí, que honor querida amiga.

- Ahora deberías de pensar en otra cosa y no en él. ¿Cómo os ha ido a ti y a Sam, Frodo? - se acomodó.

- Bueno... - comenzó Frodo, echándose ligeramente hacia atrás en su asiento, - hemos estado ocupados como siempre. Sam ha estado trabajando arduamente en su jardín, y Rosita le ayuda mucho. También hemos tenido algunas visitas inesperadas de los enanos, ya sabes cómo son.

- ¿Los enanos? - preguntó Taruiel con interés, sus ojos brillando con curiosidad. - ¿Qué querían?

- Lo de siempre, Gimli se ha vuelto muy cercano a nosotros. A menudo habla de sus viajes y aventuras. Aunque a veces me pregunto si no exagera un poco. - respondió Frodo con una sonrisa.

Al llegar al palacio, Legolas fue recibido por varios guardias y sirvientes. Caminó rápidamente por los pasillos hasta llegar a la gran sala del trono donde Thranduil revisaba algunos pergaminos.

- Padre - dijo Legolas haciendo una reverencia. Thranduil levantó la vista y, al ver a su hijo, sus ojos brillaron con una mezcla de curiosidad y preocupación.

- ¿Qué novedades traes? - preguntó el rey, su voz serena pero autoritaria. Legolas se adelantó, sus botas resonando suavemente en el mármol pulido.

- He hablado con Mara. Ella entiende la situación y está dispuesta a considerarla. Sin embargo, esta noche es el baile en la Comarca, en honor a Bilbo. Desea asistir, y me pareció apropiado permitirle que disfrute de esta celebración antes de regresar. Volveremos mañana. - concluyó dando un paso atrás. Thranduil asintió lentamente, comprendiendo la importancia de estos eventos sociales para Mara y para fortalecer los lazos con los hobbits.

- De acuerdo. Les esperaré mañana entonces. ¿Algo más? - se levantó de su trono y camino hacía su hijo.

- No, debo regresar. - asintió, marchándose del lugar.

Desde lejos, Thranduil decidió seguir a su hijo en secreto. Deseaba ver por sí mismo cómo se desarrollaban los eventos ahora que había visto la posibilidad de una unión que podría traer paz a sus tierras. Cabalgó sigilosamente, manteniéndose a una distancia prudente, dejó su trono desatendido, sí, pero por una buena razón y tenía un nombre, Mara de Arathorn.

La conversación en La Comarca continuó, fluyendo de un tema a otro con naturalidad. Hablaron sobre las pequeñas cosas de la vida cotidiana, las noticias del reino élfico y las expectativas para la noche del baile. El tiempo parecía volar mientras las historias y las risas llenaban la sala. De repente, la puerta se abrió y apareció Sam, con su rostro brillante de entusiasmo.

- ¡Ya están todos los preparativos listos! La plaza central está hermosa, ¡no puedo esperar a que lo vean!

- ¡Sam! - exclamó Frodo, poniéndose de pie para abrazar a su amigo. - Perfecto, ahora vamos. - Mara se levantó, emocionada por lo que vendría.

- Bien, disfrutemos del baile. - Taruiel, también de pie, asintió con cierto entusiasmo.

- Gracias por invitarme a esto... - asintió dejando su arco a un lado, pero observó como Mara dejaba su arco y le quitaba el suyo del hombro.- ¿Qué haces?

- Es un baile, sin armas. - sonrió cogiéndola de las manos y saliendo de la casa.

En la distancia, los hobbits ya se congregaban alrededor de la plaza central, adornada con guirnaldas y farolillos. La música alegre de flautas y violines resonaba por todo el lugar, creando una atmósfera mágica y acogedora. Mara, al ver a los hobbits disfrutar y bailar, no pudo evitar unirse a la celebración. Sus pies ligeros y su risa contagiosa atraían la atención de todos los presentes.

Desde su escondite, el rey observaba cómo Mara se movía con gracia entre los hobbits, su figura irradiaba una alegría y libertad que parecía casi palpable, pero bajo la mirada, intentando ignorarla y suspiro, pero la volvió a alzar de nuevo, era inevitable apartar la mirada.

- ¿Qué está haciendo? - observó cómo la joven se quitaba los zapatos y se unía a Frodo, a Taruiel y su recién llegado Legolas. Frodo tomó la mano de Mara, girándola en una danza improvisada. Taruiel, algo torpe al principio, se unió, riendo mientras trataba de seguir los pasos.

- No necesitas seguir ningún paso, solo déjate llevar. - dijo Mara, guiando a Taruiel con suavidad.

- Nunca había bailado así. - admitió Taruiel, riendo. - Pero me gusta.

Thranduil observaba con una mezcla de asombro y envidia. Él, un rey acostumbrado a ceremonias formales y danzas estructuradas, se encontraba fascinado por la libertad y el desordenado encanto de este baile.

Fue entonces cuando sus miradas se encontraron, haciendo que la joven ralentizara su baile, sorprendida al ver al rey de los elfos mirándola desde lejos, con una intensidad en sus ojos que nunca antes había visto.

Con paso lento, se alejó de los árboles para acercarse, hipnotizado aún con la capucha marrón colocada, pero se dejaba ver sus ojos y parte de su cabello rubio. Mara extendió su mano hacía él mientras se acercaba a ella, él la extendió de la misma manera y con la elegancia con la que nació, se quitó la capa mostrando una vestimenta parecida que su hijo llevaba pero de color más oscuro.

- Baila conmigo. - extendió su mano hacía ella sin dejar de mirarla a los ojos, su expresión se suavizo, sus ojos brillaron y de sus labios se formó una leve sonrisa.

- Thranduil... - le susurró una vez que estuvieron cerca, era más alto que ella y los hobbits lo notaron, se miraron entre sí y Frodo no hizo más que ignorar. Eran solo ellos y tenían que arreglarlo ellos, no le caía bien pero a ella le importaba y los hobbits lo supieron, ignorándolos manteniendo su baile.

- No es momento. - le regaño firme, sin apartar su mirada. - Pero sí, lo lamento, como te trate... no volverá a pasar. - la hizo moverse con más agilidad. - Pero no vuelvas a irte sin decírmelo.

- ¿Acaso le preocupe, majestad? - sonrió.

- Claro que no. - ella se acercó y él la hizo girar al ritmo de la música. - Pero debería, Mara. No volveré a permitir que te vayas así sin avisar. - respondió con una mezcla de firmeza y suavidad en su voz, mientras seguían moviéndose al compás de la música. Mara se sintió sorprendida por las palabras del rey, algo que raramente mostraba en público.

- No fue mi intención causarle preocupación, Thranduil. - murmuró ella, permitiéndose disfrutar del momento mientras seguían bailando. Thranduil la observó en silencio por un momento antes de responder, con una mirada intensa, jalándola hacia otra parte de la plaza, dando pasos largos y firmes.

- Sé que eres muy poco ingenua, sé mis sentimientos hacia ti, joven elfa... Pero no te seré correspondido, no aún.

- ¿Debo esperar? - le sonrió.

- No mucho. - alzó en su brazos y cuando la tuvo a escasos centímetros, su mirada se desplazó a sus labios.

Sus movimientos eran elegantes y fluidos, complementándose mutuamente en cada giro y paso. Los hobbits alrededor observaban con curiosidad y respeto, sabiendo que estaban presenciando algo inusual: el rey de los elfos entregándose al espíritu alegre y despreocupado de un baile hobbit.

Mara se sentía sorprendida por la gracia natural del rey. Sus ojos se encontraron repetidamente durante la danza, intercambiando palabras no dicha.

- Mara de Arathorn. - la música se detuvo, la fiesta aún no había acabado, y la anciana más vieja de La Comarca habló. - Has sido el centro de las miradas cada año en nuestros bailes y te agradecemos tu estancia, alegras cada rostro de este lugar.

- Gracias. - asintió, separándose del rey, quién le había dado la espalda y estaba colocándose la capucha, pero ella le detuvo. - Pero creo que hubo más elfos esta noche. - señaló a Legolas y Taruiel. - Tenéis a un príncipe y una gran guerrera entre nosotros, ha sido un honor venir cada año y así lo haré.

- ¡Por la futura reina de Mirkwood! - exclamaron Frodo, Sam y una torpe y borracha Taruiel.

- ¿Cómo? - Mara observó el rostro confuso de Thranduil.

- Cómo dijiste antes... ahora no es momento. - le susurró, para después sonreír. - ¡Qué siga la velada, amigos! - alzó su copa y la música sonó con más intensidad.

Mara se apartó de la plaza, seguida de la mirada de Legolas al creer ver a su padre con Mara. Decidido les siguió, escabulléndose entre la oscuridad hasta la otro parte de La Comarca, menos concurrida y apartada pero con suficiente luz.

- ¿Cómo supiste de...? - le agarró del brazo para después detenerla y soltarla.

- ¿Del tratado de matrimonio? - sonrió. - Mi nombre está en los documentos y Frodo me lo explicó con más detalle. - se acercó a él sin temor alguno. - ¿De verdad quieres que nos casemos sólo por la paz entre ambos reinos?

Thranduil contempló a Mara por un momento, su expresión revelaba muchas emociones y algo más profundo, algo que había mantenido oculto bajo su máscara regia durante tanto tiempo. Respiró profundamente antes de responder, sus ojos azules fijos en los de ella.

- Mara, la paz entre nuestros reinos es crucial, pero no es solo por eso que deseo esto. No es sólo tu habilidad para alegrar a los demás, sino la manera en que desafías mi percepción del mundo y de mí mismo. - admitió Thranduil con una voz grave pero sincera. Mara había visto la seriedad y el peso de su responsabilidad como rey, pero ahora veía algo más: vulnerabilidad y autenticidad. Se acercó un poco más, sus ojos verdes buscando los suyos.

- Entiendo la importancia de nuestro acuerdo político, pero si esto ha de ser, quiero que sea por más que solo la paz entre nuestros reinos. Quiero saber que hay algo genuino entre nosotros, algo que va más allá de la diplomacia. - respondió Mara con firmeza pero con suavidad. El rey elfo asintió, apreciando la franqueza de Mara. La tomó de las manos con delicadeza, mirándola con una intensidad que hizo que el tiempo pareciera detenerse.

- Mara de Arathorn, no puedo prometerte amor inmediato ni promesas vacías, pero puedo ofrecerte mi lealtad, mi respeto y la promesa de descubrir lo que podría ser entre nosotros. - declaró Thranduil, su voz resonando con solemnidad.

- Entonces, Rey Thranduil, hijo de Oropher, acepto. - dijo Mara, sonriendo con ternura mientras apretaba suavemente la mano del rey. Thranduil devolvió la sonrisa, sintiendo un peso levantarse de sus hombros.

El Rey bajó su mirada hasta los labios de la joven y con una mirada hacía sus ojos, Mara asintió sintiendo su primero de muchos besos del rey elfo al que había hipnotizado, Thrandil Oropher.

Cuando se separaron, sintieron un ruido entre los árboles, Legolas se había ido al ver como Mara había aceptado el tratado y no había visto nada después, se había negado a ver como la joven elfa de la que se había enamorado, ahora era de su padre y no de él.

- ¡Agachaos! - gritó Legolas disparando una flecha que iba directa hacía Mara, los dos elfos miraron a Legolas y Mara al rey.

- Detrás de mí. - le ordenó a la elfa, no dudo y se colocó detrás de él, observando cómo sacaba su espada con elegancia. - Legolas, rastrea de dónde vino, y alerta a Taruiel, si es que no está borracha. - terminó diciendo con desdén, manteniendo a Mara detrás de él, y le susurró. - No lo hago porqué sepa que sabes defenderte, sino para tenerte cerca si ocurre algo.

- Thanduil. - gritó Mara alzando las manos para detener la flecha que venía hacia ella, pero él se giró y mantuvo una mano alrededor de ella y la otra en la espada, cortando la flecha. - Dame algo, rápido. - gritó con insistencia, Thranduil le dio sus dagas plateadas y con una habilidad innata se separó de él y atacó a un orco que se dirigía hacia ellos.

- ¡He avisado a los hobbits! - gritó Taruiel llegando con ellos con su arco en mano. - Están a salvo.

En ese momento, cuatro orcos emergieron de entre los árboles, sus ojos brillando con malicia. Thranduil se lanzó hacia adelante, su espada danzando en el aire. Cortó a uno de los orcos con un movimiento fluido, pero otro se acercó por su lado ciego. Mara se enfrentó a otro orco, sus movimientos gráciles y precisos cortándoles profundamente. Mientras tanto, Legolas disparaba flechas con una precisión mortal, derribando a los orcos que intentaban acercarse.

Uno de los orcos, más astuto que los demás, logró escabullirse por detrás y, en un momento de distracción cuando defendía las espaldas de Mara, atacó a Thranduil. El rey elfo giró para enfrentarse al nuevo enemigo, pero no pudo evitar el golpe de la espada del orco que se clavó en su costado. Thranduil soltó un gruñido de dolor, pero no retrocedió, se giró y decapitó al orco atacante.

- ¡Thranduil! - gritó Mara, corriendo hacia él. - Estás...

- No es nada. - respondió el rey, apretando los dientes. - Solo un rasguño. - Tauriel disparó su última flecha, eliminando al último orco que quedaba en pie. Corrió hacia Thranduil, con preocupación en su rostro.

- Majestad. - dijo, su voz firme pero preocupada.

- Estoy bien. - insistió Thranduil, pero rostro contaba otra historia. - Legolas y tú marchaos e informar al consejo. Quiero que un informante avise a Elrond. - dijo solemne.

- Ada. - se acercó Legolas bajando por las ramas del árbol. - Sabe que tienen veneno, un corte y...

- No te preocupes, tengo la hierba en casa de Frodo, espero que haya suficiente. Mañana al alba iremos con Elrond. - declaró Mara guardando sus armas y cogiendo la espada de las manos de Thranduil. - Este ataque fue planeado, van a por todos los reyes elfos...

- Tu padre. - Miró Thranduil a Mara, ella se giró Taruiel a Legolas y ambos asintieron, montándose en sus respectivos caballos.

- Ada... - bajo la mirada Legolas, hacía su padre.

- Márchate. - Legolas asintió con pesar y montó su caballo junto a Taruiel, ambos salieron galopando a toda velocidad, desapareciendo en el bosque. .

- Fuiste un ingenuo. No puedo permitir que arriesgues tu vida así. - dijo ella, mirando a Thranduil con determinación mientras caminaban de regreso a La Comarca.

- No estoy solo. - respondió Thranduil con una sonrisa cansada. - Te tengo a ti. - se levantó la armadura unos segundos para ver su herida, estaba volviéndose morada y se notaba que era poco profunda. Suspiró y se bajó la tela para continuar caminando, pero al alzar la mirada, se encontró con el rostro de Mara. - ¿Qué? - ella negó con la cabeza y se acercó a su rostro, besándolo con pasión antes de retirarse.

- Ni una palabra.

- ¿De verdad estás molesta?

- ¡Me daba igual si me herían a mí! Tú eres el rey, Thranduil. - le recrimina volviendo a verle. Thranduil sonrió levemente, aunque el dolor en su costado le recordaba la gravedad de la situación. Sus ojos buscaron los de Mara, intentando calmar su preocupación.

- Mara, soy el rey, pero también soy un guerrero. - dijo suavemente. - No puedo pedirte que te arriesgues por mí sin estar dispuesto a hacer lo mismo por ti. - Mara suspiró, su mirada llena de determinación.

- Pero no soy solo una guerrera. - replicó ella, tomando su mano y apretándola. - Soy alguien que te ama. - la confesión se suspendió en el aire, intensa y cargada de emociones. Thranduil la miró con una mezcla de sorpresa y ternura.

- No tenemos tiempo para esto ahora. - dijo él, volviendo a enfocarse. - Tenemos que llegar y tratar esto.

Mara asintió y caminaron con más rapidez hasta llegar a la plaza y buscar la casa de Frodo. Golpearon la puerta con insistencia, y el joven hobbit apareció, su rostro reflejando sorpresa y preocupación al ver el estado de Thranduil.

- ¡Por el amor de Eru! - exclamó Frodo. - ¿Qué ha pasado?

- Orcos. - dijo Mara rápidamente. - Necesitamos las hierbas que guardas. - Frodo asintió y los hizo pasar rápidamente.

Buscó en sus provisiones y sacó una pequeña caja con las hierbas medicinales. Mara comenzó a preparar un ungüento mientras Frodo observaba con atención, ofreciendo su ayuda. El rey se sentó en la pared cercana, quitándose la armadura, pero al ver la sangre en ella, se quedó en un parecido shock.

- Toma. - le extendió una taza a Frodo. - Remuévelo una vez más y dame un paño. - el hobbit asintió y observó cómo ella se acercaba al elfo. - Esto te dolerá un poco.

Le advirtió Mara mientras empapaba el paño en el ungüento y lo aplicaba sobre la herida de Thranduil. El rey elfo cerró los ojos y apretó los dientes, pero no emitió ningún sonido. Le tomó del mentón, alzando su mirada, y al ver sus ojos, se arrodilló a su lado y mantuvo el paño cerca.

- No. - el rey bajó la mirada, apartándose de ella. Al levantarla, el recuerdo de su ex-esposa lo hizo dudar y recordar aquella batalla en la que lo perdió todo. - No deberías... - comenzó a decir Thranduil, pero su voz se quebró al recordar a su amada perdida.

- No soy ella. - dijo Mara suavemente, entendiendo el dolor en los ojos de Thranduil. - Pero estoy aquí, y no voy a dejarte. - le acarició la mejilla, la dureza de su expresión suavizándose ante el gesto.

Frodo al ver la intensidad entre ellos, se retiro discretamente, dándoles privacidad y cerrando la puerta del salón. Miró entre sus libros y una hoja se calló de uno de los más antiguos, el libro de Bilbo con sus aventuras. Ojeó cada hoja y letra, encontrando distintos retratos, se detuvo en uno muy similar, el rey Thranduil y una mujer a su lado.

Mientras tanto, Legolas y Tauriel galopaban a través del bosque, su misión clara en sus mentes. Llegaron al claro donde se encontraba el consejo de Elrond, y Legolas desmontó rápidamente, acercándose al gran elfo con urgencia.

- Mi lord Elrond. - dijo Legolas, inclinándose respetuosamente. - Los orcos han atacado. Mi padre está herido y hay sospechas de un ataque coordinado contra todos los reyes elfos.

- ¿Cuándo a sido? - observó al príncipe armado.

- Hace unas horas, estaban en La Comarca.

- ¿Dices que es un ataque coordinado? ¿Porqué atacar a los líderes elfos...? - se cruzó de brazos y empezó a pensar. - A no ser que hallan visto un enemigo entre nosotros.

- Señor, la única que podía enfrentarlos con tanto poder fue Galadriel, pero no se ha sabido de ella y hay una próxima reina en Mirkwood.

- De ello estoy enterado, Legolas. Mara de Arathorn... ¿Está con Thranduil en este instante?

- Sí, volverán mañana por la mañana y... - bajo la mirada. - ¿Cree que sea pariente de Galadriel?

- No lo sabré hasta verla y dialogar con ella. Vuelve a Mirkwood y sustituye a tu padre hasta que vuelva. Enviaré un informante a La Comarca para que vengan los dos aquí, debo de saber qué tipo de guerra se está formando y qué papel tenemos en ella.

Legolas asintió y se encaminó con Taruiel a Mirkwood de nuevo, ejerciendo su control y avisando de su llegada al consejo. Pronto habría una guerra y tendrían que prepararse para lo peor, pero ahora en su mente llena de dudas, se encontraba el pensamiento sobre su padre.

De vuelta en la Comarca, Frodo descansaba lo que quedaba de noche, Mara estaba sentada en un sillón, observando en el sofá al rey tendido y descansando. El veneno que quedaba en su cuerpo se estaba marchitando con rapidez, y en unas horas partirían.

Al amanecer, Mara y Thranduil se prepararon para partir hacia el consejo de Elrond. Thranduil se apoyó en Mara mientras caminaban hacia su caballo, su rostro pálido pero resuelto. Frodo les despidió con una sonrisa triste, deseándoles buena suerte.

- Ten cuidado. - le dijo Frodo a Mara. - Y cuida bien de él.

- Siento que tuvierais que acabar antes el baile, no sabía de los orcos.

- No te preocupes de eso, sólo espero que te vea pronto. - le sonrió y la abrazó susurrándole suerte en su viaje. - Majestad, fue un honor tenerle en el baile anual.

- Gracias. - asintió con solemnidad, extendiéndole una mano a Mara para que viajará detrás de él, en su caballo.

Mara aceptó la mano de Thranduil y subió detrás de él. Partieron al galope hacia Rivendel, el viento fresco de la mañana acariciándoles el rostro. Thranduil mantenía su mirada fija en el horizonte, su expresión decidida a pesar del dolor en su costado. Mara, preocupada, se aseguraba de que no cayera del caballo, sosteniéndolo con firmeza.

El viaje fue silencioso, interrumpido solo por el sonido de los cascos de los caballos y el canto de los pájaros. Cuando finalmente llegaron a Rivendel, fueron recibidos por un grupo de elfos que y Elrond apareció entre ellos con su rostro grave pero sereno.

- Thranduil, Mara, bienvenidos. - dijo Elrond, inclinándose levemente. - Vamos adentro. Necesitamos discutir esto urgentemente.

Mara se quedó al lado del elfo y se dirigieron hacia la sala del consejo, donde ya estaban reunidos varios líderes elfos. Legolas y Tauriel estaban allí también, esperando con impaciencia. Cuando Thranduil entró, todos se levantaron en señal de respeto.

- Elrond. - comenzó Thranduil con voz firme a pesar de su herida. - Gracias por recibirnos en estas circunstancias.

- Thranduil, es un honor tenerte aquí, aunque las noticias sean preocupantes. - respondió Elrond, haciendo un gesto para que todos tomaran asiento. - Hemos recibido informes de otros ataques similares en distintas partes del bosque. Parece que los orcos están coordinados por una fuerza mayor.

- ¿Sabemos quién o qué es?

- No sabemos, pero el líder ha estado coordinando ataques y ha matado a varios elfos de mi ejército.

- Y ha estado en las fronteras de Mirkwood. - comentó Legolas.

- Han estado en las sombras. - pensó Thranduil. - ¿Cuántos murieron en la guerra con Thorin?

- Más de un centenar. -respondió Mara a su lado.

- Exactamente. - dijo Thranduil, con su voz teñida de tristeza. - Y parece que ese número solo aumentará si no actuamos rápidamente. Necesitamos una estrategia unificada para enfrentar esta amenaza. - Elrond asintió manteniéndose serio.

- Hemos visto señales de que están intentando desestabilizarnos, atacar a nuestros líderes para sembrar el caos entre nosotros. Necesitamos estar unidos más que nunca.

- ¿Y cuál es el plan? - preguntó Legolas, mirando a su padre y luego a Elrond. - ¿Cómo vamos a enfrentarlos?

- Primero, debemos reforzar nuestras defensas en todas las fronteras. - respondió Elrond. - Enviaré refuerzos a Mirkwood y a Lothlórien. También necesitamos buscar a Galadriel, nos podrá guiar hasta las tierras de orcos.

- He oído rumores de que está desaparecida desde que Aragorn subió al trono con Arwen... - intervino Tauriel.

- De acuerdo. - dijo Elrond. - Dividiremos nuestras fuerzas. Legolas, tú liderarás una expedición para encontrar a Galadriel. Llévate a Tauriel y a los mejores exploradores contigo. Thranduil, tú y Mara os encargaréis de la defensa de Mirkwood. Yo coordinaré el refuerzo de las defensas de Rivendel y Lothlórien.

- No podemos perder tiempo. - dijo Mara dando un paso hacia delante. - Cada momento que dejamos pasar, los orcos ganan terreno. Debemos actuar ahora.

- Partiremos inmediatamente. - Thranduil se giró hacia Legolas y Tauriel. - Buena suerte, y tened cuidado.

- Dame un minuto. - le susurró a Thranduil, él asintió y la dejó ir con Taruiel al ver como Legolas se disponía a abandonar la sala.

- Sí, Ada. - respondió Legolas, con un gesto respetuoso, marchándose del lugar, seguido de Mara y Taruiel.

- ¿Todo bien? - preguntó Mara a Taruiel, mientras caminaban hacia los establos.

- Claro. - respondió Taruiel.

- Buena suerte, hermana. - le dijo Mara, abrazándola con fuerza antes de soltarla, ambas asintieron y Taruiel montó en su caballo junto a Legolas.

- Mara. - dijo Legolas, con un tono más suave. - Cuida de mi padre.

- Lo haré. - prometió ella, mirándole con seriedad antes de que los dos elfos se alejaran, cabalgando hacia su misión. Mara regresó a donde Thranduil la esperaba. Al verle, su expresión se suavizó y le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

- Estamos listos. - dijo ella.

- Entonces vámonos. - respondió Thranduil, montando su caballo. Partieron al galope hacia Mirkwood, con la determinación de proteger su hogar y su gente.

El viaje de regreso fue silencioso, ambos enfocados en la misión que tenían por delante. Al llegar a Mirkwood, encontraron el reino en alerta, los elfos preparándose para un posible ataque. Thranduil tomó el mando y comenzó a dar órdenes, organizando a sus guerreros y asegurándose de que las defensas estuvieran en su lugar.

- Necesitamos patrullas constantes en las fronteras. - dijo Thranduil a sus capitanes. - Y asegurar todas las entradas al bosque. No podemos permitir que los orcos nos sorprendan de nuevo.

- Así será, majestad. - respondió uno de los capitanes, inclinándose antes de irse a cumplir las órdenes.

- ¿Qué puedo hacer? - preguntó Mara, acercándose a Thranduil.

- Necesito que te encargues de coordinar a los exploradores. - respondió él, mirándola con seriedad. - Nadie conoce el bosque como tú. Debemos estar un paso adelante de los orcos.

- Lo haré. - asintió ella, y se giró para dirigirse a los exploradores.

Mientras Mara organizaba a los exploradores, Thranduil se permitió un momento de descanso. Se sentó en un banco cercano, cerrando los ojos por un instante y permitiendo que la calma del bosque lo envolviera. Pero su paz fue interrumpida por la llegada de un mensajero.

- Majestad. - dijo el mensajero, inclinándose. - Un grupo de orcos ha sido avistado cerca de la frontera oeste.

- ¿Cuántos? - preguntó Thranduil, poniéndose de pie rápidamente.

- Unos cincuenta, según los informes. - respondió el mensajero.

- Avisa a los capitanes. - ordenó Thranduil. - Y prepara una fuerza de ataque. No podemos dejar que se acerquen más.

- Sí, majestad. - el mensajero se inclinó de nuevo y salió corriendo a cumplir la orden.

Thranduil miró hacia donde Mara estaba coordinando a los exploradores. Al verla tan concentrada y decidida, sintió una oleada de orgullo y gratitud. Se acercó a ella y puso una mano en su hombro, ambos sonrieron y acercaron sus rostros.

- Melin lye. - dijo Thranduil.

- Melin lye. - le respondió de la misma forma.

**\*Melin lye: Te amo.\***

**\*Ada: Padre.\***

## Guerra

Las estrellas comenzaron a parpadear en el cielo mientras Thranduil y Mara observaban la preparación de los elfos de Mirkwood para la batalla inminente. El sonido de espadas siendo afiladas y arcos siendo tensados llenaba el aire con una inquietante sensación de urgencia.

- Estamos listos. - informó uno de los capitanes, acercándose al rey. - Las patrullas están en sus posiciones y los exploradores han empezado a moverse. - Thranduil asintió, su mirada fija en el horizonte oscuro. Mara se acercó, su expresión decidida pero con un atisbo de preocupación.

- He coordinado a los exploradores. Están cubriendo todos los puntos de entrada al bosque.

- Excelente. - respondió Thranduil, apretando suavemente su hombro. - Debemos estar preparados para cualquier cosa.

De repente, un cuerno sonó a lo lejos, un eco lúgubre que se extendió por el bosque. Todos se tensaron, sabiendo que el momento había llegado. Un explorador apareció corriendo hacia ellos.

- ¡Orcos! Vienen del oeste. ¡Muchos más de los que habíamos contado antes! - Thranduil y Mara intercambiaron una mirada rápida.

- Prepara a los guerreros. - ordenó. - No podemos dejarlos avanzar más.

Los elfos se movilizaron con rapidez, tomando sus posiciones mientras los tambores de guerra de los orcos se acercaban. Las antorchas iluminaban el bosque, proyectando sombras amenazantes en los árboles. Mara desenfundó sus dagas, su mirada fija en el enemigo que se aproximaba.

- Thranduil.- dijo ella, su voz firme.

- Lo sé. - respondió él, sacando su espada.

Los orcos emergieron de la oscuridad, sus gritos de batalla llenando el aire. Thranduil lideró la carga, su espada brillando bajo la luz de las antorchas. Mara se movió con gracia y precisión, enfrentándose a los orcos con una determinación feroz.

En medio del caos, Thranduil se encontraba luchando contra un grupo de orcos especialmente grandes y brutales. Su espada danzaba en el aire, cortando a través de la carne y el metal con una precisión letal. Cada movimiento era calculado, cada golpe era decisivo. A su lado, Mara se deslizaba entre los enemigos, sus dagas destellando mientras cortaban gargantas y arterias, su rostro una máscara de concentración y furia.

El clamor de la batalla llenaba el bosque. Los orcos, aunque numerosos y brutales, no estaban preparados para la ferocidad de los elfos de Mirkwood. Las flechas de los arqueros elfos caían como lluvia, abatiendo a los orcos desde la distancia. Los guerreros elfos combatían con una elegancia mortal, sus movimientos armoniosos en medio del frenesí de la guerra.

Mara se encontró cara a cara con un líder orco, un ser monstruoso con una cicatriz que le cruzaba el rostro. Él rugió y atacó con una gran hacha, pero Mara la esquivó con agilidad, contraatacando con una rapidez que el orco no pudo igualar, pero intentó detenerla dándole un golpe en la cabeza con sus manos, dejándola anonadada en el suelo.

El líder orco levantó su hacha, dispuesto a dar el golpe final a Mara. Sin embargo, antes de que pudiera bajar el arma, Thranduil apareció como una ráfaga de viento, interponiéndose entre el orco y su presa. Con un movimiento rápido y preciso, desvió el golpe y lanzó una estocada que atravesó el corazón del monstruo. El orco cayó al suelo con un gruñido de sorpresa y dolor, su vida desvaneciéndose rápidamente.

- ¿Estás bien? - preguntó Thranduil, extendiendo una mano para ayudar a Mara a levantarse. Ella se incorporó con la ayuda de Thranduil, sacudiendo la cabeza para despejarse.

- Estoy bien. - dijo, sus ojos brillando con gratitud. No había tiempo para descansar; la batalla continuaba alrededor de ellos, un torbellino de violencia y caos.

Los elfos de Mirkwood, animados por la presencia de su rey y la valentía de Mara, redoblaron sus esfuerzos. A pesar de la ferocidad de los orcos, los elfos demostraron ser adversarios superiores en destreza y estrategia. Poco a poco, comenzaron a ganar terreno, empujando a los orcos hacia atrás, hacia los límites del bosque.

En medio de la refriega, Thranduil notó una figura familiar entre las filas de los orcos. Era un chamán orco, conocido por sus artes oscuras y su habilidad para invocar criaturas infernales. Thranduil sabía que debía ser detenido y dirigió su mirada hacía él.

- Mara, necesito que te encargues del flanco izquierdo. Yo iré por el chamán. - dijo con urgencia.

- Entendido. Ten cuidado. - respondió Mara, antes de lanzarse hacia el grupo de orcos que amenazaba el flanco izquierdo. El Rey sonrió volviendo a la batalla y cabalgando con su montura, se dirigió a él, pero dos orcos lanzaron flechas a su montura, haciéndole caer al suelo.

El impacto fue duro, pero Thranduil se levantó con rapidez, su mirada fija en el chamán orco que continuaba con sus cánticos oscuros. La criatura levantaba las manos hacia el cielo, y sombras espectrales comenzaban a surgir del suelo, manifestaciones de los poderes malignos que controlaba.

Thranduil se movió con agilidad, sorteando los ataques de los orcos que intentaban detenerlo. Su espada danzaba con una precisión mortal, cada golpe dirigido con una intención letal. Finalmente, logró abrirse paso hasta el chamán, que lo miró con ojos llenos de odio y desprecio.

- El rey elfo ha venido a morir. - siseó el chamán, levantando una daga curva adornada con runas maléficas.

- No mientras tenga vida. - respondió Thranduil, atacando con una furia contenida.

- Pronto serás un cadáver. - se dirigió a él con su bastón y le lanzó golpes fuertes, pero el elfo los evadió, hasta que golpeó su espada contra su bastón, rompiendo su espada en pedazos. - Oh, escoria elfo. - sonrió haciendo aparecer un orco de ojos negros delante de él para combatir al rey elfo.

El orco de ojos negros emergió del hechizo del chamán, una criatura descomunal y aterradora. Sus músculos eran como montañas de acero, y sus ojos irradiaban una maldad insondable. Con un rugido que resonó a través del bosque, el orco cargó contra Thranduil, su maza levantada y lista para aplastar al rey elfo.

Thranduil, aunque desarmado, no retrocedió. Su mente calculaba cada movimiento del monstruo, buscando un punto débil. Esquivó el primer golpe de la maza, rodando por el suelo y recogiendo una espada caída de un guerrero orco muerto. La empuñadura se sentía pesada y extraña en su mano, pero no había tiempo para adaptarse.

El orco de ojos negros lanzó otro ataque, y esta vez Thranduil bloqueó el golpe con su espada improvisada. Las chispas volaron al chocar los metales, y el sonido resonó en el aire como un trueno. El rey elfo aprovechó el momento de la colisión para deslizarse bajo el monstruo, asestándole una rápida estocada en la pierna. El orco rugió de dolor, tambaleándose ligeramente, pero se recuperó con rapidez, atacando con una furia renovada.

Mientras tanto, Mara lideraba el flanco izquierdo con una tenacidad feroz. Su agilidad y destreza en combate eran inigualables, y sus dagas destellaban como relámpagos en la oscuridad. Los elfos bajo su mando luchaban con renovada fuerza, inspirados por su valentía. Cada movimiento de Mara era un poema de violencia, una danza letal que dejaba a sus enemigos derribados a su paso.

- ¡No se detengan! - gritó, su voz clara y fuerte sobre el estruendo de la batalla. Los elfos respondieron con un grito de guerra, avanzando con cada orco abatido, su pelotón de elfos se hacía más fuerte.

De vuelta con Thranduil, la batalla contra el orco de ojos negros se intensificaba. A cada golpe, el rey elfo se acercaba más a su objetivo. Con un movimiento ágil, Thranduil saltó sobre el orco, utilizando su propia fuerza para impulsarse y clavar la espada profundamente en el cuello de la bestia. La criatura se desplomó con un rugido final, su vida extinguida en un instante, haciendo enfurecer al chamán, dándole al rey su merecido.

Se dirigió a él con furia, levantó los trozos de la espada del elfo y se los lanzó. El rey intento esquivarlos pero uno de los fragmentos lo alcanzó en el hombro y otro en el costado, dejándole dos marcas sangrientas y arrancándole un grito de dolor. A pesar de la herida, Thranduil se mantuvo firme y con todas sus fuerzas, le arrebató el bastón y se lo clavó en el rostro, dándole muerte.

El chamán cayó al suelo con un grito ahogado, su cuerpo se desplomó, y el aura oscura que lo rodeaba comenzó a disiparse. Thranduil respiraba con dificultad, sintiendo el dolor punzante de sus heridas, pero no se permitió caer. Sabía que su gente lo necesitaba, y la batalla aún no había terminado.

Mara, desde el flanco izquierdo, notó el cambio y la caída del chamán había debilitado el ímpetu de los orcos, y sus filas empezaban a desmoronarse. La elfa se abrió paso entre los enemigos, sus movimientos tan rápidos y precisos como el viento que soplaba entre los árboles.

Thranduil y Mara se encontraron nuevamente en el centro de la batalla. Sus miradas se cruzaron, y una comprensión silenciosa pasó entre ellos. Ambos sabían que debían seguir luchando hasta el último orco.

- ¿Puedes continuar? - preguntó Mara con preocupación.

- Sí. - respondió Thranduil con una firmeza que ocultaba su dolor.

Los elfos de Mirkwood redoblaron sus esfuerzos, y con cada orco caído, era un paso más hacia la victoria. Poco a poco, los orcos que quedaron empezaron a retroceder y el bosque pareció respirar un poco más fácil con cada enemigo abatido.

Los últimos orcos fueron abatidos o huyeron en desbandada. Un silencio pesado cayó sobre el campo de batalla, solo roto por los gemidos de los heridos y el susurro del viento entre los árboles. El rey elfo y su prometida, agotados pero triunfantes, observaron el campo de batalla, salpicado de cuerpos caídos y el eco lejano de los últimos gritos de los orcos que huían.

Mara se acercó a Thranduil, su expresión aún tensa pero aliviada. Observó las heridas del rey elfo con preocupación, pero también con admiración por su valentía inquebrantable en la batalla.

- Deberías dejar que te atiendan esas heridas. - sugirió Mara, examinando las marcas sangrientas en el hombro y el costado de Thranduil. El rey sonrió con ligereza, aunque el dolor se dibujaba en sus ojos cansados.

- No te preocupes por mí, Mara. Los sanadores cuidarán de esto. Nuestros guerreros necesitan más atención ahora.

Thranduil bajó la mirada por un momento, reflexionando sobre el costo de la batalla y la pérdida de vidas elfas que nunca serían olvidadas, y abandonó el lugar bajo la mirada de su hijo, Taruiel y Mara.

- Siempre es así... los elfos sentimos la pérdida con mayor intensidad. - explicó Legolas ofreciéndole su brazo para continuar andando.

- Y más el rey... siempre son los que sufren más las pérdidas. - continuó Taruiel. - Iremos a Rivendel, con Elrond. Seguro habrá llegado después de estar en el otro lado de la batalla.

- Dadme un caballo. - ordenó Mara observándoles. - Legolas quiero que haga algo por mi. - él asintió. - Ve con tu padre, y dime el número exacto de bajas, de supervivientes de ambos bandos.

- ¿Irás sola a Rivendel? - preguntó la pelirroja mirándola con cierta preocupación.

- No, Taruiel. Vendrás conmigo. - terminó volviendo su mirada hacía ella.

Mara ajustó la correa de su espada mientras observaba cómo Legolas partía hacia Thranduil, quien yacía con sus heridas en medio del campo de batalla. Taruiel se acercó a ella, preocupado pero decidido a seguirla.

- ¿Estás segura de que debemos ir solos a Rivendel? - preguntó Taruiel, mirando a los elfos que comenzaban a atender a los heridos. Mara asintió, mirándola.

- Necesitamos informar a Elrond sobre lo que ha pasado aquí. Él debe saber lo que hemos enfrentado y prepararse para cualquier posible repercusión en nuestro reino. - Taruiel asintió, entendiendo la lógica de sus palabras.

El viaje hacia Rivendel fue tranquilo pero rápido. Mara y Taruiel cabalgaron a través de caminos familiares y senderos ocultos, evitando cualquier posible encuentro con enemigos rezagados. Llegaron al imponente valle de Rivendel, donde la luz de la luna pintaba los picos nevados de los montes circundantes.

Al entrar en la ciudad, fueron recibidos por los elfos de Rivendel, quienes habían oído hablar del conflicto en Mirkwood. Elrond los recibió con solemnidad en su sala principal, donde escuchó atentamente sus relatos de la batalla y las noticias de Thranduil.

- Entiendo la gravedad de la situación. Gracias por traerme esta información, Mara, Taruiel. Nos prepararemos para cualquier eventualidad. - Elrond habló con una voz tranquila pero llena de determinación. - Y ahora, dejad que nuestros sanadores atiendan vuestras heridas, siempre seréis bienvenidos en Rivendel.

Mara asintió con gratitud, sintiendo el peso de la noche y la batalla en sus hombros. Taruiel se mantuvo a su lado, apoyándola en silencio mientras los sanadores elfos se ocupaban de sus heridas y les ofrecían alojamiento.

Pasaron días en Rivendel mientras los elfos de Mirkwood se recuperaban y se preparaban para regresar a su reino. Thranduil quedó en el palacio dando una única orden a sus guardias, nadie podría salir ni entrar sin su autorización, Legolas se centró en informar al consejo del palacio, visitar a los guerreros que mejor conocía hasta que llegarán las elfas de Rivendel.

Llegó el momento en que Mara y Taruiel debían regresar a Mirkwood, Elrond les ofreció su bendición y aseguró que Rivendel estaría allí para apoyar a sus hermanos elfos en cualquier momento necesario.

- Cuidaos en vuestro viaje de regreso. - Elrond inclinó la cabeza hacia Thranduil, quien asintió con gratitud.

Mara y Taruiel montaron a sus caballos, listos para partir de nuevo hacia el oeste. Antes de cruzar los límites de Rivendel, Mara miró atrás una última vez e iniciaron su viaje de regreso a Mirkwood.

A medida que se adentraban en su propio territorio, Mara notó un cambio en el ambiente. El aire parecía más tenso, impregnado de la presencia de la batalla reciente. Los elfos que encontraron en el camino les miraban con respeto y preocupación, reconociendo a Mara como una heroína de la reciente lucha.

Al llegar a las puertas, fueron recibidos por guardias alertas y el rumor de la victoria se extendió rápidamente por todo el reino. La noticia de la derrota de los orcos y la supervivencia de su rey y reina se convirtió en un bálsamo para el espíritu de los elfos que habían temido lo peor.

- Llevadme con el rey. - ordeno con la cabeza en alto, los guardias las dejaron pasar, pero Taruiel se desvió para asegurarse del estado de su batallón.

- Mara. - Legolas caminó por un pasillo y la recibió, caminando a su lado hasta las habitaciones.

- ¿Qué hacemos aquí? Pensé que iríamos a la sala del trono. - dijo confusa, pero el elfo no le respondió y llamó a la puerta.

- Set da, Ada. - dijo abriendo la puerta con lentitud y entrando, seguido de Mara.

- Thranduil . - Mara se acercó y bajo la mirada incómoda de Legolas, abrazó al rey. - ¿Estás...?

- Bien, completamente. - suspiró manteniendo la cercanía con ella.

- ¿Qué haremos ahora? - preguntó alzando la mirada, coincidiendo con sus ojos, esos ojos azules tan claros como el cielo. Legolas se marchó dando una última mirada, dejando a la pareja sola y cerrando las puertas de aquella habitación.

- Ahora que hay paz, mantenerla, juntos. -el rey se separó de ella y suspiró, arrodillándose ante ella.

- Thranduil. - dijo apenas un susurro.

- Mara de Arathorn, eres increíble, capaz y una gran guerrera. Deseo tenerte a mi lado cada día, y por ello... Solo te hago una pregunta, y...

- Thranduil... yo... - se agachó a su altura y lo miró a los ojos directamente.

- ¿Quisieras...?

- ¡Sí! - exclamó deteniendo las palabras del rey, odiaba que se alargarán a la hora de proponer matrimonio, y ya lo había visto en sus ojos tiempo atrás, desde el baile con los hobbits.

- ¿Cómo? - su leve sonrisa se formó en una confusa expresión en su rostro, una que no se fue al cabo de unos segundos.

- Seré tu esposa, Thranduil Oropher. - sonrió posicionando su mano derecha en la mejilla del rey.

- Mara. -se levantó y la alzó sin esfuerzo alguno, besándola con pasión. - Mirkwood tendrá una nueva reina a la que amar.

La oscuridad que había amenazado a Mirkwood se desvanecía lentamente, reemplazada por la luz y la esperanza de un futuro próspero.

En los días siguientes, la noticia del compromiso de Thranduil y Mara se extendió rápidamente por todo el reino. Los elfos de Mirkwood, que ya los veían como líderes formidables, ahora tenían aún más motivos para celebrar y unirse.



Los días pasaron en Mirkwood con una renovada sensación de esperanza y fortaleza. Mientras los preparativos para la ceremonia de compromiso avanzaban, Thranduil y Mara dedicaban su tiempo a fortalecer las defensas y la moral del reino.

- Debemos asegurarnos de que nuestras defensas estén bien coordinadas. - dijo Mara, su mirada seria mientras observaba las plantas que florecían a su alrededor. - Los orcos pueden volver en cualquier momento, a cualquier lugar.

- Pero también debemos pensar en Rivendel, fue un gran aliado, pero necesitamos más.- En ese momento, un mensajero se acercó rápidamente, interrumpiendo su conversación.

- Mi señor, mi señora. - el elfo se inclinó con respeto. - Ha llegado una delegación de Lothlórien. Dicen que traen noticias urgentes. - Thranduil y Mara intercambiaron una mirada antes de dirigirse rápidamente a la sala del trono, donde la delegación de Lothlórien les esperaba.

Al llegar, encontraron a varios elfos de Lothlórien liderados por Haldir, un capitán conocido por su valentía y lealtad a la Dama Galadriel. Haldir se inclinó profundamente ante Thranduil y Mara, su expresión grave.

- Rey Thranduil, Lady Mara. - comenzó Haldir. - Traemos noticias preocupantes de Lothlórien. Las fuerzas oscuras están aumentando en el sur, y la Dama Galadriel cree que es solo cuestión de tiempo antes de que ataquen nuevamente. Thranduil asintió, su rostro serio.

- Sabía que la paz sería breve. - dijo con un suspiro, pero su mirada se volvió decidida. - Debemos prepararnos. Haldir, tu presencia aquí es un buen augurio. Te pido que prepares todo de antemano con los reinos Lothlórien y Rivendel. - Haldir inclinó la cabeza.

- Con gusto, mi rey. - dijo. - También traigo un mensaje personal de la Dama Galadriel para Lady Mara.

Mara se adelantó, sus ojos se alinearon con los de Haldir. El capitán de Lothlórien sacó un pequeño pergamino y se lo entregó con cuidado. Mara lo abrió y leyó las palabras escritas en la elegante caligrafía de su madre.

*"Maralia, mi querida hija. Los tiempos oscuros se avecinan y debemos estar preparados. Nuestro plan está en marcha, y debes seguir adelante sin vacilar. La caída de Thranduil es esencial para la victoria final. Confío en ti. G."*

Ocultó el pergamino rápidamente y levantó la vista, sus ojos encontrándose con los de Thranduil, que la miraban con una mezcla de preocupación y amor.

- ¿Qué dice el mensaje? - preguntó el rey, acercándose. Mara sonrió con una calidez que no sentía.

- Un recuerdo de mi padre, es breve pero nos desea suerte y su futura colaboración en batallas con Mirkwood. - mintió. Thranduil asintió, satisfecho con la respuesta. Pero Haldir, observando la escena con ojos agudos, no pudo evitar notar la tensión oculta en los ojos de Mara.

La noche cayó sobre Mirkwood, y la preparación para la batalla continuó. Los elfos reforzaban las defensas y coordinaban estrategias. Mara, sin embargo, se retiró a sus aposentos, donde se dejó caer en una silla, su mente en una tormenta de pensamientos.

- ¿Qué voy a hacer? - murmuró para sí misma. Sabía que el momento de la verdad se acercaba, y su amor por Thranduil se enfrentaba a su lealtad hacia su madre. De repente, la puerta se abrió suavemente y Taruiel entró, su rostro serio.

- Mara, debemos hablar. - dijo en voz baja, cerrando la puerta tras ella. Mara levantó la mirada, tratando de ocultar su angustia.

- ¿Qué sucede, Taruiel?

- No, ¿qué ocurre contigo? - respondió Taruiel, acercándose. - Nunca supe por qué escapas día tras día de ese reino, y el porqué viniste aquí. Arathorn no es tuyo, ¿no es así? No eres de Arathorn, esa marca es magia, es hecha a través de ella.

- ¿De que estas...

- ¡Basta! Legolas lo sabe, lo supo en la batalla. - sacó su daga de su manga y le apuntó con ella. - ¿Quién eres?

Mara sonrió, bajando la daga de la elfa. Con un paso rápido se colocó detrás de ella con su espada entre su cuello y ella, amenazándola. Taruiel se mantuvo alerta, sin moverse, pero sabía que debía hacer algo.

- El hijo del rey es inteligente... ¿qué vio exactamente? - dijo en su oído, acercando más la espada al cuello de la pelirroja.

- A ti, destruyendo a un escuadrón de orcos antes de que el rey se diera cuenta, él te vigilaba desde que supo de tu posible matrimonio... me explicó que estaba perdiendo la confianza en ti. Se notaba cada vez que mirabas a Thranduil cuando llegaba un comunicado.

- Legolas es más astuto de lo que esperaba. - Mara soltó a Taruiel, pero la mantuvo bajo una firme mirada. - Sin embargo, ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto.- Taruiel se giró lentamente, su rostro tenso pero determinado.

- Thranduil confía en ti ciegamente. Si realmente planeas destruir su reino, es mi deber detenerte. No permitiré que dañes a mi rey.

- No llegarás lejos. Además, incluso si logras escapar, ya es demasiado tarde para detener lo que está por venir. - Taruiel, sin embargo, no se dejó intimidar.

- Si crees que puedes intimidarme, estás equivocada. Lucharé por mi reino y mi rey hasta el último aliento.

Antes de que pudiera reaccionar, Taruiel se lanzó hacia Mara, tratando de desarmarla. Pero Mara era rápida y ágil, desviando el ataque con facilidad y contraatacando con una precisión letal. Las dos elfas se enzarzaron en una lucha feroz, sus espadas brillando a la luz de las antorchas.

El sonido del acero chocando resonaba en la habitación, y el sudor comenzaba a perlar sus frentes. De repente, la puerta se abrió de golpe y Legolas apareció en el umbral, sus ojos llenos de sorpresa y preocupación.

- ¡Taruiel! - exclamó, desenvainando su espada y corriendo hacia las combatientes. Mara retrocedió un paso, su espada aún en alto, pero con la mirada fija en Legolas.

- ¡Para! - alzó su mano y luz blanca salió disparada hacia el príncipe, empujándole contra la pared. - Ella intentó atacarme, Legolas. Está influenciada... no sé lo que le pasa. - dijo Mara bajando su arma, mirándole preocupada, intentaba disuadirle.

Legolas se levantó lentamente, el impacto de la magia de Mara aún resonando en su cuerpo. Sus ojos se encontraron con los de Mara, llenos de desconfianza y confusión.

Mara mantuvo su expresión serena, aunque su mente corría a toda velocidad buscando una respuesta convincente. Antes de que pudiera hablar, Taruiel, con una mezcla de rabia y desesperación, se incorporó rápidamente.

- ¡Legolas, no confíes en ella! - gritó, su voz temblando de emoción. - Mara no es quien dice ser. Ella tiene planes oscuros para nuestro reino. Lo he visto con mis propios ojos. - Legolas frunció el ceño, mirando a Mara con aún más desconfianza.

- ¿Es verdad? ¿Tenía razón? - preguntó, su voz más suave pero llena de gravedad. Mara dio un paso adelante, tratando de mantener la compostura.

Legolas miró a Mara y luego a Taruiel, su mente trabajando para encontrar la verdad en medio del caos. Sabía que había algo más de lo que se veía a simple vista, pero aún no podía descifrarlo.

- Necesitamos respuestas, y las necesitamos ahora. - declaró Legolas, su mirada firme. - Ambas deben venir conmigo. Habrá una investigación, y la verdad saldrá a la luz.

Pero Mara negó bajando la mirada, ocultando una sonrisa. Alzó la mirada y corrió hacia un ventanal, atravesándolo, rompiendo los cristales en pedazos y aterrizando en el suelo sin daño alguno.

Una flecha fue disparada a sus pies, deteníendola, pero al darse la vuelta, se encontró con un arco negro propio de una sola persona, Aragorn. Estaba agachado en un árbol al recibir un mensaje de Gandalf el Blanco, brujo y amigo de Galadriel. No estaba al tanto de lo que ocurría en el reino de su amigo Legolas, pero sí de la traición a su padre.

- Corre. - le gritó alzando el arco, saltó a su caballo y la agarró antes de llegar al bosque, cabalgando con ella en silencio.

Mara se aferró a Aragorn mientras cabalgaban a través del oscuro bosque de Mirkwood, el viento azotando su cabello. La sorpresa de encontrarse con él se mezclaba con una urgente necesidad de escapar. Aragorn, sereno y determinado, no hizo preguntas de inmediato, concentrado en mantenerse alerta mientras se internaban más profundamente en el espeso bosque.

- ¿Qué está pasando, Maralia? - preguntó finalmente, su voz firme pero llena de preocupación.

Mara se aferró con fuerza al torso de Aragorn, su mente corriendo para encontrar las palabras adecuadas, suspiró al ver como se alejaban de las fronteras y el caballo disminuía su velocidad, caminando sereno.

- ¿Qué te contó Gandalf?

- Que hace días que no sabe de ti, no pensé que estuvieras en Mirkwood, y mucho menos siendo la amante del rey.

- Aragorn...

- Se que era una mentira, no hace falta decirme nada. Lo que aún no entiendo es porqué quiere Galadriel deshacerse de un rey elfo, y más si se trata de Thranduil.

- Se acerca la resurrección de Sauron, Aragorn. - suspiró. - Mi madre ha estado evitándolo por mucho tiempo, hay elfos que no quieren pelear más ni adentrarse en batalla, humanos que temen morir en manos de ese ser... Nunca lo vi, pero sé su poder y el ejército de orcos que se está formando en reinos oscuros de nombre desconocido.

- ¿Y qué tiene que ver el rey?

- Gandalf y Galadriel son los únicos que se enfrentaron a él, además de los hobbits. Los elfos no quieren batallas de tal magnitud, y Thranduil sólo piensa en su reino y en él mismo... lo vi en batalla y mucho antes de llegar a su reino.... y...

- Tenemos que llegar a Rivendel. Gandalf estará allí, él sabrá qué hacer. - interrumpió Aragorn, su tono urgente mientras ajustaba la dirección de su caballo hacia el norte. Mara asintió en silencio, sintiendo el peso de las palabras de Aragorn y la urgencia de la situación.

La llegada a Rivendel fue acogedora y tranquilizadora en medio de la incertidumbre. Gandalf los recibió con una mezcla de sorpresa y seriedad, su mirada penetrante evaluando a Mara mientras escuchaba el relato de Aragorn sobre los eventos en Mirkwood. Mara, a su vez, sintió un nudo en la garganta al enfrentarse al sabio mago.

- Gandalf, Galadriel ha estado planeando... - comenzó Mara, pero fue interrumpida por la mirada penetrante del mago.

- Sé todo sobre los planes de Galadriel, Maralia. No es una sorpresa para mí. Lo que me preocupa es tu participación en estos eventos. ¿Qué pretendes hacer ahora? - su voz resonaba con autoridad, pero también con una pizca de compasión.

Mara inhaló profundamente, luchando contra las emociones que amenazaban con abrumarla. Sabía que no podía esconderse más detrás de las mentiras. Era hora de enfrentar las consecuencias de sus decisiones.

- He cometido errores, Gandalf. He traicionado la confianza de Thranduil y de todos en Mirkwood. Pero no puedo permitir que mi madre destruya el reino por el que tantos han luchado. Necesito ayudar a detenerla, a detener la resurrección de Sauron. - Gandalf asintió lentamente, su expresión seria pero comprensiva.

- El destino de muchos reinos depende de nuestras acciones...Tenemos que llegar a Lothlórien, Galadriel debe pensar que hacer, su decisión es errónea.. - miró a Aragorn. - Ve con Arwen, preparad las filas por si algo no sale bien... Alerta a Legolas pero no nombres a Maralia, Thranduil debe saber el mal que se está formando.

Aragorn asintió con solemnidad ante las palabras de Gandalf, consciente del peso de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros. No obstante, antes de partir hacia Lothlórien, tenía una preocupación que debía abordar.

- Gandalf, ¿qué haremos con Mara? ¿Puedes confiar en ella para acompañarnos a Lothlórien?

Gandalf observó a Mara por un momento, evaluando su expresión y sus palabras con detenimiento. Sabía que la joven elfa se encontraba en una encrucijada moral y que sus acciones en el futuro serían cruciales para el destino de todos.

- Maralia ha cometido errores, Aragorn, pero su determinación por hacer lo correcto es clara. Necesitamos toda la ayuda posible en esta lucha. Confío en que puede desempeñar un papel importante en el camino que tenemos por delante. - respondió Gandalf finalmente.

Mara escuchaba en silencio, sintiendo el peso de la confianza depositada en ella. Sabía que no podía desaprovechar esta oportunidad de redimirse y demostrar su lealtad hacia Mirkwood y el bien mayor. Se acercó a Gandalf con determinación.

- Haré todo lo que esté en mi poder para ayudar, Gandalf. Lo prometo. - El mago la miró con una mezcla de seriedad y esperanza.

- Entonces prepárate, Maralia. Partiremos hacia Lothlórien al amanecer.

Con el plan trazado, los tres se prepararon para lo que sería una misión crucial en la lucha contra la oscuridad que amenazaba con resurgir en la Tierra Media. Al amanecer, bajo el cielo pálido de Rivendel, Mara y Gandalf se reunieron en silencio frente a los jardines élficos, preparándose para emprender el viaje hacia Lothlórien. Mientras ajustaban las últimas correas de sus monturas, el aire estaba cargado de tensión y expectación.

- Nos dirigiremos hacia Lothlórien primero. Es crucial que hablemos con Galadriel y Celeborn sobre los eventos que están ocurriendo en Mirkwood y más allá. - Su voz resonó con autoridad, recordando a todos la urgencia de la situación.

Los cascos de sus caballos resonando en el suelo mientras se alejaban de Rivendel, dejando atrás la seguridad relativa de los valles élficos. La ruta hacia Lothlórien sería larga y llena de peligros, pero no había tiempo que perder.

Continuaron cabalgando en silencio a través del paisaje cambiante, los bosques de Rivendel dieron paso a senderos más abiertos y montañas que se alzaban majestuosas a lo lejos. Mara se mantenía reflexiva durante el viaje, el peso de sus decisiones resonaba en cada latido de su corazón.

Gandalf, a su lado, observaba el horizonte con una seriedad. Sabía que cada paso los acercaba más a un enfrentamiento inevitable con las fuerzas oscuras que amenazaban con desencadenar el caos en la Tierra Media una vez más.

El camino a Lothlórien no fue fácil. Enfrentaron ataques de bestias salvajes y encuentros con patrullas de orcos, pero la magia de Gandalf y la espada de Mara los mantuvieron a salvo. Las noches eran tensas, pero solo se mantuvieron alerta, despiertos por turnos.

Después de tres días de viaje, vieron las imponentes torres de Caras Galadhon a lo lejos, la joya escondida de Lothlórien entre los árboles dorados. Al llegar a la puerta de la ciudad, fueron recibidos con cautela por los elfos de Lothlórien. Ellos guiaron a Gandalf y Mara hacia el palacio donde Galadriel y Celeborn los esperaban en un claro bañado por la luz de la luna.

Galadriel, alta y etérea, los recibió con una mirada penetrante que parecía leer los secretos más profundos de sus almas. Celeborn, a su lado, emanaba una serenidad que contrastaba con la tensión en el aire.

- Gandalf, Maralia. - dijo Galadriel con voz suave pero firme. - Sabemos por qué han venido. Los tiempos oscuros están sobre nosotros una vez más. - Mara tragó saliva, enfrentándose al semblante sereno de su madre.

- Madre, lo que está planeando... - comenzó Mara, pero Galadriel levantó una mano para detenerla.

- Maralia. Comprendo tus preocupaciones y las comparto en parte. Pero los designios del destino son complejos y a veces inescrutables. Lo que hago, lo hago por el bien de todos los reinos libres de la Tierra Media. - Gandalf intervino entonces, su voz resonando con autoridad y sabiduría.

- Galadriel, la amenaza de Sauron se cierne sobre nosotros. No podemos permitir divisiones entre nuestros pueblos en este momento crucial. Thranduil necesita la alianza de Lothlórien y de Rivendel si queremos tener alguna esperanza de resistir el embate que se avecina.

Galadriel miró a Gandalf con seriedad, considerando sus palabras. Era evidente que ella también había sentido la oscura sombra que se alzaba en el sur, pero su enfoque en la defensa de Lothlórien la había llevado a tomar decisiones drásticas.

- No le tengo rencor ni aprecio a ese elfo egoísta. Pero sólo piensa en su reino, en sus fronteras... Sólo con mi hija, sus ideas se perturbaron, pero ahora sigo manteniendo mi decisión. Mirkwood será invisible en esta guerra, pero... - miró hacia otro lado. - Tienes razón, será importante tener a elfos en batalla.

- Madre...

- Conseguí que los enanos, algunos elfos y humanos peleen en caso de no poder acabar con la amenaza antes de que surja. Pero si Aragorn ha avisado a ese elfo, será mejor contarle la verdad antes de su rechazo.

- Galadriel, la unión de nuestros reinos es crucial en estos tiempos oscuros. - informó Gandalf, apoyado en su bastón. - Piénsalo. - Galadriel contempló las palabras de Gandalf y la mirada decidida de Mara. Sabía que no podía permitirse el lujo de la división en las filas de los elfos en un momento tan crítico.

- Muy bien, Gandalf. Hablaré con Celeborn y los líderes de Lothlórien. Prepararemos una delegación para Mirkwood y Rivendel. - anunció Galadriel finalmente. - Debemos asegurarnos de que todos estén listos para lo que está por venir. - Mara asintió con alivio, agradecida de que su madre hubiera accedido a escuchar y considerar su punto de vista.

- Gracias, madre. - dijo Mara sinceramente, sintiendo un peso levantado de sus hombros. Galadriel le ofreció una pequeña sonrisa, su hija sintió la mano cerca de su hombro, la mano de su madre atrayéndola con ella para hablar en privado.

- Maralia, mi querida hija. - comenzó Galadriel en voz baja, sus ojos llenos de preocupación y comprensión. - Sé que te encuentras en una encrucijada difícil entre tu lealtad hacia el elfo y esta batalla. Pero debes comprender que cada decisión que tomamos ahora influirá en el futuro de nuestra tierra y de todos los pueblos libres. - Mara asintió caminando a su lado.

- Madre, sé que debo hacer lo correcto, incluso si eso significa desafiar a quienes amo. Thranduil confía en mí, y debo decir... que... - respondió Mara con determinación, mirando a los ojos penetrantes de Galadriel.

- Te enamoraste de él. Lo supe al ver tus ojos al hablar de él... no confié nunca en él, pero te ha cuidado y eso lo valoro. - Galadriel puso una mano reconfortante sobre el hombro de Mara, transmitiéndole su apoyo silencioso. Mara se sintió reconfortada por el gesto de su madre, un recordatorio de que, a pesar de sus diferencias y desafíos, el amor y la comprensión seguían presentes entre ellas.

-Gracias, madre. - dijo Mara sinceramente.

- Ahora, acompáñame. Celeborn y los líderes de Lothlórien nos esperan para discutir los detalles de nuestra alianza. Es hora de prepararnos para lo que está por venir. - concluyó Galadriel, guiando a Mara hacia la sala donde se reunirían con los demás líderes elfos.

Galadriel y Celeborn anunciaron la formación de una delegación conjunta que partiría hacia Mirkwood y Rivendel para coordinar esfuerzos. Mara fue designada como parte esencial de la delegación, una responsabilidad que aceptó con humildad y determinación.

- Mara, asegúrate de comunicarle a Thranduil la gravedad de la situación y la importancia de nuestra colaboración. - indicó Galadriel con seriedad. - Tú eres el puente entre nuestros reinos en este momento crucial.

- Lo haré, madre. - respondió Mara con firmeza, comprometiéndose a cumplir con su misión.

Después de la reunión, Mara se retiró a un jardín tranquilo de Caras Galadhon, donde la luz dorada de las lámparas élficas iluminaba su camino. Se sentó en meditación, reflexionando sobre todo lo que había sucedido y lo que aún estaba por venir.

Se levantó y se colocó una capa negra, disimularía su presencia en la oscuridad de la noche. Se dirigió a su caballo negro y cabalgó sin mirar atrás hacía el reino en el que se había sentido segura, y del que ahora no sería bienvenida.

- Deben de habérselo dicho... murmuró llegando a las fronteras.

Sacó un papel y concentró su luz en enviarlo con un pájaro blanco hasta la habitación del rey, encontrando la ventana abierta y a Thranduil sentado en un sillón, destruyendo algunos papeles.

El elfo alzó la mirada al ver al pájaro parado en su ventana con un papel colgando de su cuello, se acercó a él y le quitó el papel, mirando desde dónde había llegado pero no llegó a ver nada con la oscuridad de la noche. Lo abrió y empezó a leer el poco texto que se hallaba escrito.

*"Sé que te falle, y que sabrás la verdad. Desde mi punto de vista sé que ahora no confías en mi, pero quiero que sepas la verdad. Me enamoré de ti, y mi lealtad hacia ti sigue presente. ç*

*Lo que hice fue por el futuro de todos los reinos, Sauron se levantará de nuevo y necesitamos tu ayuda. Enanos, elfos y humanos están preparándose para la batalla, y deberías considerar reunirte conmigo para saber más detalles.*

*La verdad sea dicha, mi nombre es Maralia, hija de Galadriel. El plan inicial era acabar con tu reino, idea de mi madre, pero ahora es el peligro de Sauron lo que nos preocupa a todos. Quisiera decírtelo en persona, pero me halló en las fronteras, esperando tu perdón y verte galopando hacía mi con una idea clara.*

*Te amo y siempre lo haré, fuiste el primero que me cuidó, me amó y te lo agradezco de todo corazón, pero ahora necesitamos tu ayuda, serás recompensado si así lo quieres, y esta será la recompensa.*

*Siempre tuya, Maralia."*

El pájaro dejó caer de su pico el anillo de compromiso que Thranduil le hacía obsequiado a Mara, dándole a entender que se casaría con él, una vez que la batalla hubiese acabado y él la hubiera perdonado, pero sería difícil, y más cuando se trataba de Thranduil Oropher.



Esa noche, el rey decidió ir a buscarla. El pájaro lo guió por el bosque mientras el elfo iba a pie, sus pensamientos divididos entre la traición y la esperanza. La luz de la luna se filtraba a través de las copas de los árboles, iluminando su camino. En las fronteras de Mirkwood, Mara aguardaba con el corazón en vilo, de repente, vio una figura emerger entre los árboles.

- Mara - la voz de Thranduil resonó en el claro, grave y llena de emociones encontradas, enojo y decepción. - ¿Es cierto? - se acercó a ella, con su espada en mano apuntándola. Mara, con los ojos cristalinos, asintió lentamente.

- Es cierto. Pero he venido a advertirte y a luchar a tu lado. He dejado todo atrás por Mirkwood, por nosotros. - Thranduil se acercó lentamente, su mirada escrutadora.

- ¿Por qué debo confiar en ti ahora, Mara? ¿Por qué no has hablado antes? - siguió alzando la espada cerca de ella. Mara bajó la mirada, sintiendo el peso de su decisión.

- Temía por ti, por nosotros. Pero ahora sé que la única manera de vencer a Sauron es unirnos, todas las razas y reinos de la Tierra Media.

- ¿Y crees que confiaré en ti? Esto, lo que tenemos, se acabó en el momento en el que te fuiste.

- Thranduil. - intentó acercarse a él, pero el elfo se mantuvo firme.

- No te acerques más, Mara. - La voz de Thranduil era un susurro frío, pero lleno de dolor. - ¿Sabes lo que has hecho? - sus ojos expresaban decepción, una decepción jamás vista en él. Mara dio un paso atrás, su mirada buscando la de Thranduil, desesperada por encontrar un rastro de la calidez que una vez compartieron.

- Lo sé. Y entiendo tu desconfianza. Pero esto va más allá de nosotros dos. Sauron está en movimiento, y no podremos enfrentarlo divididos.

Thranduil apretó la empuñadura de su espada, luchando contra la tormenta de emociones que lo embargaba. Miró hacia el cielo, buscando en las estrellas la guía que tanto necesitaba. Finalmente, dejó caer la espada, clavándola en la tierra.

- Perdóname. - rogó en un susurró, y se acercó a él decidida, dejando de lado la espada que se hallaba en un costado del rey, clavada en la tierra. Colocó sus manos en su rostro y lo besó con pasión, iniciando un problema más.

Thranduil la miró, su expresión endurecida por años de liderazgo y desconfianza, pero su corazón dividido por el amor que aún sentía por Mara. A pesar de sus esfuerzos por mantenerse firme, aquella acción rompió las barreras que había construido haciendo que su respuesta fuera instintiva, devolviéndole el beso con una intensidad mayor a la de ella.

- Mara... - comenzó, pero fue interrumpido por un ruido en el bosque. Ambos se giraron rápidamente, sus sentidos agudizados por años de guerra y peligro.

- ¿Qué fue eso? - preguntó Mara, su mano moviéndose instintivamente hacia su daga, un cuervo voló hacia ellos, posándose en el hombro de Thranduil.

- Ionn. - susurró Thrnaduil al ver a su hijo saltar de un árbol y posarse delante de ellos, con dos guardias a su lado. El príncipe se acercó a su padre y a Mara, con una mirada seria.

- Hemos recibido informes de que los orcos se están movilizando más rápido , atacaron Rivendel...

- ¿Y qué hay de Elrond? - preguntó Mara. Legolas miró a su padre, sintió y le respondió a la elfa.

- Muerto, lamentablemente. - Thranduil asintió solenmente, para después mirar a Mara, suavizando la mirada en el proceso.

- Vuelve con nosotros. - Sus palabras eran más una orden que una petición, pero en su tono había un atisbo de reconciliación.

Mara sintió un nudo en la garganta ante la mención de la muerte de Elrond. Sabía que la situación era grave, pero esto lo hacía aún más real y urgente. Asintió lentamente, reconociendo el peso de lo que se avecinaba.

- De acuerdo. - Respondió con determinación.

Legolas se adelantó, tomando la delantera mientras el cuervo volaba de nuevo hacia el cielo, guiando el camino de regreso. Thranduil y Mara siguieron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Al llegar al palacio, los preparativos para la guerra ya estaban en marcha. El bullicio de los elfos afilando sus espadas y armándose llenaba el aire. Thranduil se dirigió a su consejo de guerra, mientras Mara se encaminaba a sus aposentos, pero Legolas la detuvo.

- Mara, quiero hablar contigo. - Dijo el príncipe, su tono serio pero no hostil.

- De acuerdo. - Respondió ella, siguiéndolo a una pequeña sala donde podrían hablar en privado.

Más tarde, en la sala del trono, Thranduil presidía una reunión con sus generales. Al ver a Mara entrar, hizo un gesto para que se uniera a ellos, seguidos de Legolas, al parecer, Taruiel había abandonado Mirkwod hacía La Comarca días antes, bajo el permiso del rey, claramente.

- La situación es crítica. - Comenzó Thranduil, mirando a sus comandantes. - Rivendel ha caído, y debemos esperar que Sauron avance hacia el norte. Debemos reforzar nuestras defensas y preparar una ofensiva conjunta con Lothlórien. - Uno de los generales, un elfo alto y de aspecto severo, se levantó.

- Majestad, ¿podemos confiar en esta alianza? - Preguntó, dirigiendo una mirada desconfiada a Mara. Thranduil se quedó en silencio por un momento, antes de asentir.

- No tenemos otra opción. - Respondió con determinación. - Debemos unirnos si queremos tener alguna esperanza de vencer a Sauron. - Mara se adelantó, dirigiéndose a todos en la sala.

- Galadriel ha prometido su apoyo.

- Tu madre. - respondió seriamente Legolas.

- Legolas, erou, argo. - le ordenó Thanduil a su hijo, haciendo que se marchará.

Minutos antes, en la sala privada del palacio...

- Legolas, no tengo tiempo para tus sermones, si es que piensas darme algunos. - comentó Mara desganada, estaba harta de que todos la mirarán mal, pero lo entendía.

- Podría, pero he visto suficiente en el bosque. - se acercó a ella, mirándola fijamente a los ojos. - ¿Lo quieres, no es así? Por eso estás aquí, arriesgando tu vida, créeme, si fuera por mi ya estaría una flecha en tu pecho antes de que siquiera, entrarás aquí.

Mara se quedó en silencio, impactada por la franqueza de Legolas. Sus ojos se encontraron en un duelo silencioso, cada uno tratando de leer las intenciones del otro. Finalmente, Mara suspiró, dejando caer la tensión que había acumulado.

- Sí, Legolas. Lo quiero. No vine aquí solo por el deber o la obligación. Vine porque aún lo amo, y porque sé que esta guerra nos necesita a todos unidos. - Legolas la observó por un momento más antes de asentir lentamente.

- Espero que tus palabras sean sinceras, Mara. Por el bien de todos nosotros. - Dio media vuelta y salió de la sala, dejándola sola con sus pensamientos.

- ¡Espera! - Legolas se detuvo, pero no volvió la mirada. - ¿Y Tariuel?

- Se fue, a La Comarca, se exilió por si sola. Mi padre apoyó su decisión y ahora ayuda a tu no padre de Arathorn. - siguió su camino, ignorando la mirada de la elfa.

En la sala del trono...

Thranduil continuaba con los preparativos de guerra, Mara se unió a ellos, coordinando sus pensamientos, posibles ubicaciones de los orcos cercanos y tratando de aportar tanto como pudiera.

- Necesitamos asegurar las rutas de suministro desde Lothlórien - dijo uno de los generales. - Si esas rutas caen, estaremos aislados.

- Ya envíe hace tiempo a mi hijo para asegurar el camino - respondió Thranduil. - Está en orden, pero Galadriel prometió refuerzos, pero aún no han llegado, ni se sabe de ello. - observó a Mara mientras decía aquellas palabras.

- Puedo ir a Lothlórien y acelerar el proceso. Conozco bien el camino y puedo asegurarme de que los refuerzos lleguen a tiempo. - intervino ella, alzando la mirada. Thranduil la miró, evaluando su propuesta.

- Muy bien. - con un gesto, los demás se marcharon de la sala y el rey aprovechó para colocarse la armadura en la sala contraria. - Ten cuidado... no lo digo por ti... - Mara se acercó en la armadura y se la colocó lentamente sin ninguna objeción por parte del elfo.

Mara se acercó a Thranduil, sus manos apenas temblaban, sino que eran decididas mientras ajustaba las correas de su armadura, sólo le faltaba la del torso. La cercanía entre ellos era palpable, y el silencio en la sala se volvió opresivo, cargado de una tensión que ambos habían tratado de ignorar durante demasiado tiempo.

- No puedo prometerte que volveré, Thranduil. - susurró Mara, sus manos moviéndose lentamente por su pecho mientras terminaba de ajustar la última correa. Thranduil la miró, sus ojos brillando con una mezcla de deseo y confusión. Sus manos se levantaron para cubrir las de ella, deteniéndolas en su lugar.

- ¿Por qué siempre tienes que ponerte en peligro, Mara? - su voz era apenas un susurro, su aliento cálido contra la piel de ella. - ¿Por qué siempre te arriesgas tanto?

- Porque quiero proteger lo que más me importa, con errores o no, tú eres ahora el único que me mantiene viva. - confesó ella, sus ojos encontrándose con los de él.

Thranduil no pudo resistir más. Con un movimiento, atrajo a Mara hacia él, sus labios encontrando los de ella en un beso apasionado y desesperado. Sus manos se enredaron en su cabello, profundizando el beso mientras sus cuerpos se acercaban.

- Mara... - murmuró él contra sus labios, sus manos bajando por su espalda, sintiendo la curva de su cintura. - No puedo perderte de nuevo.

- No me perderás. - susurró ella, sus labios recorriendo su cuello, dejando un rastro mientras sus manos deslizaban la armadura, retirándola sin suavidad y tirándola en un extremo de la sala. - Estoy aquí, ahora, contigo.

Thranduil la levantó en brazos, llevándola hacia una mesa cercana y sentándola en ella mientras le quitaba la armadura que tenía, la única, la del torso. Al quitarla, tumbó a la elfa con fiereza, no era gentil con sus ojos recorriendo su cuerpo con deseo.

Mara lo observaba, su respiración acelerada, su cuerpo ardiendo deseando tenerle más cerca. Él le levantó parte de su camisa negra con partes de cuero, le bajó un poco la parte inferior y posterior.

- Eres hermosa. - murmuró con sus manos recorriendo su piel desnuda, sintiendo cada curva y calor que emanaba su cuerpo.

- Y tú un ángel. - susurró ella, arqueando su cuerpo hacia él, buscando su contacto.

Thranduil se inclinó sobre ella, sus labios reclamando los de ella una vez más mientras sus cuerpos se encontraban, ella quedó sin su camisa y él sin su parte superior, mostrando ambos sus pieles.

- Hazme tuya. - le susurró, haciendo que la levantará de la mesa, con ella agarrada a su cintura, siendo llevaba a la habitación del rey, ignorando lo que ocurría por unos instantes.

Al llegar el rey cerró la puerta, llevándola hacia una cama y la depositó sobre las sábanas de seda, con él teniendo una gran vista de ella, su mujer en ropas menores, sin estar completamente desnuda ante él.

Sus manos se entrelazaron mientras él rey se desabrochaba sus pantalones de cuero y los dejaba a un lado, tirados en la habitación, posicionándose cerca de la entrada de la elfa. Ella arqueó la espalda, abriéndose ante él, con un último deseo en su mente.

- Dilo. - la voz ronca y lujuriosa del rey hizo que los ojos de Mara explotaran en deseo. - No importa que sea obsceno.

- Thranduil Oropher, hazme el amor. - dijo de la misma manera, agarrando su mano con fuerza, y con ese gesto, él la penetro lentamente. Siseando entre dientes Thranduil cerró los ojos con deleite cuando se adentró en ella, apretando la mano que ella sostenía.

- Eres tan perfecta... - murmuró.

Comenzó a moverse en ella, suavemente y delicadamente al principio, hasta que su excitación se elevó y su autocontrol se rompió. Sus movimientos aumentaron en ritmo y fuerza, sus gemidos llenaron sus oídos, al igual que los de ella. Mara agarró con más fuerza sus manos y comenzó a gemir de placer. Él sabía cómo hacerla sentir, y para ser la primera vez, era gloriosa.

- Más... - rogó, mirándolo con deseo. - No te detengas. - Agarraba las sábanas y posaba su brazo alrededor de su cuello, sintiendo su calor.

Thranduil no pudo contenerse al escuchar los suaves gemidos que escapaban de los labios de Mara. Su excitación se intensificó al escuchar sus palabras de placer. Suspiró y aceleró sus movimientos, enterrándose más profundamente en ella y dejando marcas de besos en su cuello.

Con habilidad, aprovechó su fuerza para colocar las piernas de Mara alrededor de su cintura, permitiéndole hundirse aún más en su interior. Con ternura, acarició su mejilla con la mano libre y sostuvo su mirada.

- Estás... tan hermosa. - murmuró Thranduil.

- Dios... - respondió Mara con un gesto apasionado, levantándose para darle un beso ardiente en los labios sin separarse de él.

Thranduil gimió contra sus labios y obedeció instintivamente. Sus caderas comenzaron a moverse más rápido, penetrándola con fuerza y precisión. Apresó su agarre alrededor de la cintura de Mara y la empujó contra la cama, manteniendo sus labios unidos en un beso cada vez más fuerte y desesperado. E

ntre gemidos, sus movimientos se aceleraron aún más, profundizándose dentro de ella, y sus manos dejaron marcas de amor en su piel, incapaces de apartarse. Jadeos y gemidos se entrelazaron mientras sus cuerpos se movían uno contra el otro. Los labios de Thranduil bajaron por el cuello de Mara, marcándola mientras sus manos exploraban su piel.

- No puedo más...- dijo Mara, agarrándose a él con cansancio y dejándole arañazos en la espalda. Thranduil suspiró por el pequeño dolor, pero eso solo avivó aún más su excitación.

- Todavía no. Quiero que llegues con mi nombre en tus labios. - le susurró Thranduil cerca de la oreja. Sus embestidas se volvieron más descontroladas, más fuertes, sintiendo cómo el cuerpo de Mara se tensaba alrededor de él. Se acercó a su oído y murmuró

- Vamos, lo noto, Maralia.

- No... - Mara apenas pudo decir, arqueando la espalda y soltando sus manos. - Thranduil... - exclamó finalmente, dejando escapar un gemido de placer, manteniendo su mirada fija en él.

Thranduil sintió cómo ambos alcanzaban el clímax al unísono. Un gruñido escapó de sus labios mientras se dejaba caer sobre ella una última vez, quedándose dentro de ella mientras ambos recobraron el aliento. Soltó un suspiro y se retiró lentamente, tumbándose a su lado en la cama.

- Con esto, estoy perdonada, ¿verdad? - sonrió Mara, acariciando el cabello del elfo a su lado.

- Completamente. - respondió Thranduil, besándola y cubriéndola con las sábanas.

Thranduil sonrió suavemente mientras acariciaba su espalda con los dedos, trazando pequeños círculos en su piel. Besó suavemente su frente y la sostuvo cerca, sintiendo su cuerpo relajado a su lado.

- Quisiera que me devolvieras el anillo... Y darte mi respuesta definitiva. - dijo Mara.

- Siempre lo tuve encima. - le enseña el anillo en su dedo, se lo quita y se lo coloca. - Ahora eres completamente mía, Maralia.

- Me casaría contigo tarde o temprano. - sonrió manteniéndose abrazada al rey y a su futuro esposo, viendo desde la ventana aquellos pasajes a los que pronto llamaría hogar.

***Advertir de contenido con escenas fuertes. Escenas explícitas, lenguaje explícito.***

La noche siguiente, después de cenar, los dos elfos se dirigieron a sus aposentos, pero mientras el rey elfo llegaba, Mara se colocó un vestido atrevido, con la idea de celebrar su matrimonio después de concretar la fecha.

- Te esperaré en nuestros aposentos. - sonrió subiendo las escaleras la elfa, su futuro esposo la siguió metros atrás.

Al llegar, Thranduil se quitó la primera capa, quedando en una prenda fina que resaltó sus músculos en sus brazos. Sintió cómo el cuerpo de Mara se tensaba aún más ante su contacto y cómo colocaba su mano derecha en su cadera, sosteniéndola firmemente mientras se besaban y acababan desnudos en la cama, después de quitarse la ropa. Su corazón latía con fuerza ante la excitación mientras se acercaba aún más a ella y sentía cómo el bote de lubricante se alejaba momentáneamente.

- Sólo relájate. - dijo Thranduil. Su dedo se movió dentro de ella y, con su miembro cerca de su otra entrada, se acercó decidido.

- Oh, sí. - suspiró Mara, agarrada a las sábanas.

Thranduil sentía cómo los músculos de Mara se tensaban ligeramente alrededor de su dedo índice, cómo su respiración se aceleraba y cómo su cuerpo se estremecía ante la sensación de él dentro de ella. Continuó moviendo su dedo ligeramente dentro y fuera, preparándola suave pero firmemente para lo que venía.

- Mmm... Eres tan apretada. Quiero sentirte alrededor de mí, pero tengo que prepararte primero.

Sintió cómo ella se relajaba ligeramente a medida que su dedo índice se acercaba a su centro y cómo su cuerpo respondía a su tacto. Su mano derecha acariciaba suavemente la espalda de Mara mientras su dedo índice comenzaba a deslizarse suavemente y con cuidado en su interior.

Se alejó un momento y alcanzó el bote de lubricante, abriéndolo y dejando un pequeño chorro en su mano. Su mano izquierda volvió a colocarse entre las piernas de Mara, extendiéndose suavemente alrededor de su centro antes de colocar ligeramente su dedo índice cerca de su entrada, pero se detuvo y la colocó boca abajo.

Colocó su otra mano en la cintura de Mara y la apretó ligeramente hacia él, acercándola aún más. Su mano derecha se deslizó hacia abajo, acariciando su entrepierna mientras le hablaba con voz baja y oscura.

- Voy a hacerte mía, esposa mía. Y voy a hacer que olvides todo menos mi nombre.

Sentía cómo su corazón latía con fuerza al oír cómo Mara decía su nombre, y cómo las palabras salían de sus labios en un susurro suave pero lleno de deseo. Su cuerpo se acuñaba ligeramente y se apretaba cuando la colocó de rodillas frente a él.

- Oh, qué vistas. - suspiró Mara observándole.

Las palabras de Mara hicieron que Thranduil se estremeciera ligeramente y cómo su excitación aumentaba aún más ante la expectativa de lo que iba a hacer. La tomó de las caderas, colocándola frente a él. Su voz era baja y lúbrica mientras le hablaba, su mirada llena de deseo y expectación.

- Estoy a punto de hacerte mía, esposa mía. Muy pronto vas a olvidar cualquier otro nombre en este mundo. Sólo quiero que digas el mío.

- Hazlo. Hazme tuya, quiero gritar tu nombre.

- Dilo, mi guerrera elfa.

- Thranduil.- suspiró ella.

La mirada de Thranduil se endureció ligeramente mientras la agarraba con más fuerza y la colocaba contra él, sosteniéndola con un brazo alrededor de su cintura. Su voz estaba cargada de urgencia y lujuria cuando le hablaba.

- No más palabras. - colocó su otra mano en la cadera de Mara y la empujó hacia él, deslizándose suavemente y con cuidado dentro de ella.

Su respiración se aceleraba y apretaba un poco los párpados al sentir el cuerpo de Mara alrededor de él. El cuerpo de Mara se adaptaba a él, cómo sus músculos se aferraban a él y cómo se entrecortaba ligeramente su respiración.

- Mmm... Te sientes muy bien. Te deseo en más formas de las que puedas imaginar. - su mano izquierda continuaba apretando suavemente la cadera de Mara, sujetándola firmemente mientras la empujaba lentamente contra él, deslizándose dentro y fuera de ella con un suave y constante ritmo.

Su mano derecha se deslizó suavemente por la cadera de Mara, acariciando y masajeando su piel suavemente mientras continuaba empujándola suave pero firmemente contra él, deslizándose más y más adentro de ella. Su voz era baja y cargada de deseo y de lujuria mientras le hablaba.

- Dime lo mucho que disfrutas de esto, mi futura esposa. Quiero oírlo de tus labios.

- Mejor que cualquier otra vez anterior. - dijo Mara con rapidez. La voz de Thranduil era baja y oscura mientras continuaba empujándola suavemente contra él, deslizándose aún más adentro de ella hasta el fondo.

- Dímelo otra vez. Quiero oírlo de nuevo. Quiero que tu voz se convierta en un eco en estas paredes. - le ordenó a Mara.

- Te amo. - su mano derecha se deslizó por la espalda de la elfa y la atrajo hacia él, envolviendo sus brazos alrededor de su cuerpo y sosteniéndola cerca, sin dejar de moverse dentro de ella.

- Y yo a ti. No te imaginas cuánto te amo. - el cuerpo de Mara se aceleraba y su voz se volvía un murmullo entrecortado de placer, cómo apretaba los párpados aún más mientras continuaba moviéndose dentro y fuera de ella, cada vez más rápido y más profundamente. - Dioses... No puedo tener suficiente de ti... me tienes hechizado.

- Thranduil... - rogó Mara.

El elfo veía cómo ella se estremecía ligeramente al oír su nombre en sus labios y cómo sentía un escalofrío de lujuria recorrerle el cuerpo. Su voz era baja y lujuriosa, llena de urgencia y de deseo mientras continuaba moviéndose de nuevo, ambos estaban llegando al clímax.

- Dímelo, Maralia. Quiero oír cómo gritas mi nombre. Quiero oír cómo pierdes el control.

- Oh. Estoy... Aah... ¡Thranduil! - exclamó Mara y Thranduil aceleró sus movimientos hasta que ambos llegaron al clímax, sus cuerpos chocando con fuerza.

Thranduil la presionaba más fuerte, más rápido y más profundamente, sin piedad, hasta que alcanzó el límite y se derrumbó contra el cuerpo de Mara, jadeando suavemente mientras continuaba sus empujes entrecortados y prolongando el éxtasis que les llenaba a ambos.

- Oh... Ha sido la mejor noche de mi vida. - se vuelve boca arriba mientras se acerca las sábanas y le besa como gratitud. Él se desploma a su lado, jadeando suavemente mientras le devuelve el gesto. Su mano derecha acaricia suavemente su mejilla y le sonríe, todavía recuperando el aliento.

- Mhm... Para mí también. La mejor noche de mi vida. No sabía que podía sentir tanto placer con una persona.

- Ni yo. Espero hayas disfrutado. - sonríe y en unos minutos largos, queda dormida.

Él se estira a tu lado, aún recuperando el aliento mientras la ve cerrar lentamente los ojos y caer dormida. Su sonrisa es suave y coloca cuidadosamente su brazo alrededor de su cintura, acercándola hacia él ligeramente.

- Ha sido una noche inolvidable- susurró con una sonrisa. - Créeme. - se empezó a reír, pero se detuvo lentamente pensando en que, a veces, su elfa era de imprevisible.

***A la mañana siguiente...***

Thranduil se levanta de la cama con cuidado y va al baño, sin hacer ruido para no despertar a Mara, que aún duerme plácidamente. Se da una rápida ducha, con la cabeza llena de pensamientos y las imágenes de la noche anterior aún frescas en su mente.

Una vez que sale de la ducha, se seca con una toalla y se coloca una bata de seda blanca. Vuelve a la habitación y se sienta suavemente en la cama junto a Mara, observándola con afecto mientras aún duerme.

Con un gesto delicado, Thranduil acarició la mejilla de Mara, sintiendo la suavidad de su piel bajo sus dedos. Mara se movió ligeramente, dejando escapar un suspiro antes de abrir lentamente los ojos. Sus pupilas encontraron las de Thranduil, y una sonrisa adormilada apareció en sus labios.

- Buenos días. - susurró Thranduil, inclinándose para besar su frente.

Mara se estiró lentamente, sus músculos relajándose después de la intensa noche anterior. Se incorporó lentamente, frotándose los ojos mientras miraba a su alrededor, recordando los eventos recientes con una sonrisa de satisfacción.

- Buenos días. - respondió, su voz aún cargada de sueño. - ¿Hace mucho que estás despierto?

- No mucho. No quería despertarte, estabas tan tranquila.

Mara se echó a reír suavemente y se acurrucó contra él, disfrutando del calor y la seguridad que su presencia le brindaba, se incorporó y observó como el elfo le extendía su camisa, se la colocó y se abrazó a él.

- Anoche fue... increíble. - dijo Mara, susurrando contra su pecho.

- Lo fue. - asintió Thranduil, sus dedos jugueteando con un mechón de su cabello. - Pero esto es solo el comienzo. Tenemos una vida entera por delante. - Mara levantó la mirada, sus ojos brillando con emoción y amor.

- No puedo esperar para vivir esa vida contigo.

Thranduil la besó suavemente en los labios, sellando la promesa que ambos se habían hecho. Después de unos momentos, se separaron y Thranduil se levantó, extendiendo una mano hacia Mara.

- Vamos a desayunar. Dentro de dos días nos casamos.

- Es cierto. - Mara aceptó su mano y se levantó, dejando que la bata que Thranduil había preparado para ella se deslizara por sus hombros.

Ambos se dirigieron al comedor cercano, sólo con una bata, ropajes finos y unos zapatos, mientras el rey con una capa negra, camisa del mismo color y atuendo real, parecidos a los colores de su prometida. Los sirvientes se movían silenciosamente a su alrededor, asegurándose de que todo estuviera en orden.

Mientras comían, discutieron los planes para su boda. Había detalles que ajustar, comida y arreglos florales que seleccionar. Pero en medio de todo, no podían evitar robarse miradas y sonrisas, pero lo más importante, los votos no los habían realizado, ni pensado. Después del desayuno, Thranduil y Mara se dirigieron al jardín.

- Hay algo que quiero mostrarte. - dijo Thranduil, guiándola hacia un rincón más apartado del jardín.

Mara lo siguió, curiosa. Al llegar, se encontró con una pequeña fuente rodeada de flores. En el centro de la fuente, había una estatua de dos elfos armados, la espada del rey, las dagas de la elfa y su dagas en sus costados, los dos con sus espaldas juntas.

- Thranduil, es hermosa. - exclamó Mara, acercándose para ver mejor la estatua.

- Quería que tuvieras un lugar especial donde ir... cuando... ya sabes. - explicó Thranduil, observando su reacción. Mara se volvió hacia él, con una sonrisa y se fue directa a sus brazos, siendo cogida en forma de abrazo.

- Gracias. Es el regalo más hermoso que alguien me ha dado... bueno, sin contar lo de anoche y hace dos semanas. - rieron a la vez, y continuaron su camino.

Ese día y el siguiente estuvieron llenos de actividad para los sirvientes, guerreros y algunos aldeanos que ayudaron a la futura reina y al rey, quién salió al pueblo más a menudo. Pero faltaba un miembro de la familia, Legolas y Taruiel...

- Mi hijo fue en su busca, vendrán. - vio como Mara se apoyaba en un balcón con el mensaje que iba para Taruiel, Galadriel, su madre. En un lado estaban todos los aceptados, entre ellos, Legolas, Aragorn y su mujer, Gandalf, Frodo, Sam y el padre adoptivo de Mara, el rey de Arathorn.

- Eso espero. - suspiro mirando las dos invitaciones, las dejó a un lado en una mesa y se volvió para ver al rey. - Iré a dar un paseo, me llevaré a Otto. - dijo refiriéndose a su caballo negro.

- Ten cuidado. - comentó mirándola con una leve sonrisa.

- Lo haré. Solo me despejaré un poco, sabes que adoro montar. - sonrió para después acercarse a él, besarle en la mejilla y marcharse.

- No tardes. - caminó hasta un mueble cercano donde había papeles, certificados y unos papeles en blanco adornados, sus votos, y observó los papeles pensativo, sentía a su elfa moverse detrás de él.

- No lo haré. - confirmó saliendo de la habitación con sus dagas, su arco y salió del palacio.

En los establos, dos sirvientes atendían a las monturas del rey, pero su mirada se centro en su caballo negro de ojos verdes, tan veloz como un depredador cazando a su presa, y bello como el hombre con el que se casaría.

Cabalgo lejos del palacio hacia las fronteras, aprovechando la luz del sol que aún quedaba, sintiéndola en su rostro. No sabía si fueron minutos o horas, pero volvió trotando a las fronteras después de un largo paseo, dejó a Otto en los establos y se marchó a sus aposentos.

Una vez dentro del palacio, camino por las escaleras, dejó las armas en el mueble cerca de las puertas, las abrió y se encontró con su hombre, dormido en la cama, las ventanas entrecerradas y la luz de la noche apareciendo en la habitación.

Mara se cambió de ropa a un camisón negro con conjunto inferior, se aproximo a la cama sin hacer ruido y se tumbó al lado del elfo. Le sintió moverse y se acercó a él, sintiendo su calor, él la abrazó por inercia y en pocos segundos, quedó dormida.

## 

Mientras Mara dormía, soñó con visiones inquietantes de oscuridad y destrucción. En su sueño, vio a Sauron alzándose, reuniendo fuerzas y destruyendo todo a su paso. Se despertó sobresaltada, sudando y con el corazón acelerado.

Al girar, vio a Thranduil a su lado, su rostro sereno en el sueño. Mara decidió no despertarlo, pero una inquietud se instaló en su pecho. Al día siguiente, el reino de los elfos estaba en ebullición con los preparativos de la boda, una boda que no se realizaría, al menos no ese día.

- ¿Preparado? - miró a Thranduil.

- ¿Preparado para verte de blanco? Claro que no. - se acerca a su rostro y lo acaricia con la mano suavemente. - Te queda demasiado bien.

- Lo sé. - se mordió el labio, observó el rostro de su elfo y se giró para continuar su paso, delante de él.

Los sirvientes se movían de un lado a otro, decorando el palacio con flores y luces. Thranduil y Mara pasaron el día juntos, compartiendo miradas y sonrisas mientras planeaban su futuro. Sin embargo, la sensación de inquietud no abandonaba a Mara, pero un mensajero irrumpió en el salón, pálido y jadeante.

- ¡Mi señor, mi señora! - exclamó. - ¡El enemigo ha sido avistado en las fronteras! Se trata de Sauron, sus fuerzas avanzan hacia Arathorn. Ha destruido los reinos élficos más cercanos. - Un silencio aterrador se apoderó del salón. Thranduil se puso de pie, su expresión dura y resuelta.

- Prepara a los guerreros - ordenó, su voz firme. - Iremos a la guerra. - declaró sin mirar a Mara, observó a su hijo y sin decir más, ambos se entendieron. - Mara, ve en busca de Taruiel, será de ayuda. Tráela a la fuerza, me da igual lo que hagas. Solo hazlo.

- De acuerdo. - se encaminó a la salida con Legolas. - Vámonos. - le ordenó a su amigo elfo. - Sé que ocurre cuando tu padre está así...

- No tardaremos. - Legolas se montó en su caballo y Mara realizó el mismo gesto.

Los elfos se prepararon rápidamente para la batalla. Las tropas se movilizaron, las armas fueron distribuidas y los arqueros tomaron sus posiciones, Thranduil se colocó su armadura, y observó desde la distancia, a Mara cabalgar con rapidez. Sentía la misma inquietud que ella, pero no sabía a que se debía en realidad.

A medida que Mara y Legolas se adentraban en el bosque, la oscuridad parecía cerrarse a su alrededor. Las sombras se alargaban y el aire se volvía pesado con una sensación de inminente peligro.

- Siento que algo muy malo está por suceder, Legolas. - Mara, su voz apenas un susurro.

- Lo sé.- respondió él.

Después de lo que parecieron horas de búsqueda, encontraron a Taruiel en un claro del bosque, llenado unas botellas de agua, a su lado, estaban dos de sus mejores guerreros y amigos contándole lo sucedido. Al ver a Mara y Legolas, se acercó de inmediato.

- ¿Es cierto? - Taruiel, notando la urgencia en sus rostros.

- Sí... - Legolas respondió antes de que Mara abriera la boca.

- Entonces no hay tiempo que perder. - dijo Taruiel, girándose hacia sus guerreros. - Preparaos para la batalla. Nos uniremos al rey Thranduil.

Mientras tanto, en el palacio, Thranduil organizaba a sus tropas. El campamento estaba lleno de elfos armados y preparados para la batalla. De repente, un fuerte temblor sacudió la tierra, seguido de un rugido profundo que resonó en el aire.

Las sombras se movieron y se agitaron, y de entre ellas emergieron las fuerzas de Sauron. El caos estalló mientras los elfos se apresuraban a tomar sus posiciones. Thranduil montó en su caballo, alzando su espada para dar la señal de ataque.

Se reunieron en el campo de batalla, la Tierra de Erebor, se detuvieron en el centro, ante la oscuridad al horizonte. Sauron se hallaba lejos, pero con sólo alzar su mano, sus fuerzas se dirigieron a los elfos. Thanduil dio la orden y los elfos empezaron a pelear por la paz.

La batalla era feroz y despiadada. Los elfos luchaban con valentía, pero las fuerzas de Sauron eran numerosas y poderosas. Entre el fragor de la batalla, Thranduil lideraba a sus guerreros con destreza, su espada brillando con cada golpe.

Mara, Legolas y Taruiel llegaron al campo de batalla justo a tiempo para unirse a la lucha. Mara se lanzó al combate con su montura, su arco y dos espadas, mientras que sus ojos eran pura energía. A su lado, Legolas disparaba flechas con precisión mortal, mientras que Taruiel se movía ágilmente entre los enemigos, cortándolos con sus dagas.

De repente, un grito aterrador resonó por encima del tumulto. Sauron apareció en medio del campo de batalla, su figura oscura y temible. Con un solo golpe de su espada, derribó a varios elfos. Thranduil se dirigió hacia él, su mirada fija en el enemigo.

- ¡Sauron! - gritó Thranduil. - Esto acaba aquí. - Sauron se rió, un sonido grave y burlón.

- ¿Crees que puedes detenerme, elfo? - dijo Sauron, su voz grave resonando en la mente del elfo. - Este reino caerá, y tú con él.

Thranduil atacó con toda su fuerza, pero Sauron era demasiado poderoso, el ser oscuro esquivó cada golpe del rey elfo, riendo mientras realizaba esas acciones. Con un movimiento rápido, Sauron desarmó a Thranduil al dirigir su espada hacía él, la cogió y rompió en pedazos para más tarde atrapar al elfo por el cuello.

- Mira cómo caen tus reinos, Thranduil. - dijo Sauron, levantando a Thranduil en el aire. - Y ahora, mírate a ti.

Galadriel apareció en un destello de luz, detrás de ella aparecieron Aragorn y sus soldados, justo en frente de él, Gandalf detuvo a su caballo blanco y alzó su bastón. Observando la batalla, Galadriel encontró a su hija, peleando con valentía, pero su mirada se empezaba a dirigir a los orcos.

- Detener el mal, es la misión principal. - se aproximo a los orcos y los destruyó con luz y energía, su propia magia emanando de sus manos, de su cuerpo, de su ser.

- Gandalf... - le miró Legolas desde la batalla, pero al ver quién estaba detrás de él a caballo, su sonrisa se intensificó.

- Por la Tierra Media, Aragorn.

- ¡Por la Tierra Media, entonces! - gritó a caballo con efusión.

El caballo se detuvo y Aragorn bajo de él. Peleo con dos orcos y los ejecutó a ambos, para más tarde encontrarse con Taruiel y Legolas. Con una sonrisa leve les saludó y se mantuvieron cerca, pero la mirada de Mara lo dijo todo, al ver a Sauron agarrando a Thranduil, cogió con más fuerza su espada, alzandola y con todas sus fuerzas, la lanzó a Thranduil.

- Vamos... - miró como se dirigía a él, pero su elfo no pudo cogerla a tiempo.

Sauron, al notar la presencia de Mara y el brillo de su espada, se giró hacia ella con una sonrisa cruel. La espada de Mara cortó el aire, pero Sauron, con un movimiento preciso, la interceptó. La espada se rompió en las manos del oscuro señor, y Sauron, con un gesto de desprecio, la lanzó al suelo.

- ¿Es ella? - murmuró Sauron, mirando a Mara con una mezcla de interés y desprecio. Thranduil, a pesar de su posición, logró dirigir una mirada suplicante hacia Mara. Sus palabras eran casi inaudibles entre el rugido de la batalla, pero su mensaje era claro.

- No... te... acerques... a... ella. - dijo Thranduil moviéndose para intentar deshacerse de su agarre.

Sauron gruñó y apretó más el agarre, formando en otra mano su espada al ver como cabalgaban Mara y el brujo Gris al que llamaban, Gandalf, se acercaba a ellos. Thranduil la miró y asintió al saber que tenía en mente, con una mano libre recogió su corona y se la clavó a Sauron en el brazo. Corrió al quedar libre al brazo que Mara tenía extendido hacia él, estaba cerca de ellos cuando lo peor sucedió.

Parecía que todo iba más lento, más lento para Mara y Galadriel...

Cuando el rey elfo estaba a centímetros de coger la mano de su prometida, Gandalf alzó su bastón y unos rayos aparecieron alrededor de Sauron como escudo para que los elfos a su lado escaparán. Desde lejos, Galadriel pareció verlo todo con más nitidez, la espada de Sauron acercándose a Thranduil, dos grandes orcos acercándose detrás de Gandalf.

- Hoy no. - declaró seriamente, juntó sus manos y una luz envolvió a los orcos, desintegrándolos.

- ¡Vamos! - gritó con urgencia Mara, viendo a su elfo acercarse.

Pero el elfo, con una mirada, una que decía demasiadas cosas., que la amaba, lamentaba no haber sido mejor para ella, y lo más importante, que ganarían la batalla, lo decía todo, pero no lo que quería Mara. El caballo se detuvo, Thranduil llegó a agarrar a Mara, pero la espada negra de Sauron fue más rápida.

El grito desgarrador de Mara se perdió entre el estruendo de la batalla. Thranduil había llegado a estar tan cerca, sus dedos casi rozando los de Mara, pero la espada negra de Sauron, con un golpe , atravesó el cuerpo del rey elfo. Thranduil cayó al suelo, una expresión de dolor, mientras el oscuro señor observaba con una cruel satisfacción.

- ¡No! - Mara gritó, su voz temblando de desesperación mientras saltaba de su caballo, corriendo hacia Thranduil. Su corazón latía con una furia desesperada mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. - No...no.

Thranduil, con la mirada fija en Mara, intentó decir algo, pero sus fuerzas se desvanecían rápidamente. Sauron se giró hacia Mara, preparándose para el próximo ataque. Sin embargo, la luz de Gandalf y Galadriel, que luchaban desesperadamente contra las fuerzas de la oscuridad, parecía centrarse en su adversario más peligroso.

- ¡Detenedlo! - gritó Gandalf, su voz llena de urgencia mientras canalizaba un poder intenso a través de su bastón.

Galadriel, su piel resplandeciente con una luz celestial, se acercó a Mara. El poder de su presencia era casi palpable, y su magia parecía intensificarse con cada segundo. Miró a Mara con una determinación feroz y tristeza en sus ojos.

- Sabes que hacer. - posó una mano en el hombro de su hija, y de reojo, miró como la vida del elfo se iba en manos de su hija. - Sino es por nosotros, hazlo por él, Maralia. - viendo como su hija no le respondía, insistió. - Mara, debemos hacer esto ahora. - su voz era un susurro urgente, lleno de pesar.

- Pero...él...yo... - Mara intentó levantar a Thranduil, pero su cuerpo ya no respondía.

- Se ha ido, ¡pero no en vano! - exclamó Galadriel. - Pero aún hay esperanza. Debemos detener a Sauron.

Sauron se giró hacia la luz creciente, frustrado y furioso. La batalla alrededor de ellos continuaba con una furia renovada, el clamor de espadas y el estruendo de los gritos llenaban el aire.

- ¡No dejaré que llenes este mundo de oscuridad, no de nuevo! - declaró Galadriel, alzando sus manos en un resplandor dorado.

Mientras tanto, Legolas y Taruiel se habían reunido con Aragorn. La presencia del rey humano y sus soldados proporcionó una fuerza renovada a los elfos. Juntos, lucharon con una valentía feroz, empujando las fuerzas oscuras de regreso.

Mara, con el corazón roto y las manos temblorosas, miró a su elfo una última vez. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y desesperación mientras los últimos alientos del rey elfo se desvanecían. Sabía que debía actuar rápido, y con un último vistazo a Legolas, Taruiel y el cuerpo de su amado rey, se giró hacia Sauron.

- ¡Ahora! - gritó Galadriel, dirigiéndose a Mara al verla caminar hacia ellos. - ¡Con toda tu fuerza!

Mara se adelantó con una resolución renovada. Con un grito de dolor, sufrimiento y recuerdos, se lanzó hacia Sauron, una luz roja y blanca salió de sus manos, sus ojos mostraban esa energía con la que había crecido. La luz de Galadriel envolvía el campo de batalla, la luz blanca de Gandalf como escudo y del poder de Mara como proyectíl, se reunía en un solo punto.

Sauron, sintiendo el poder concentrado en Mara, intentó defenderse, pero estaba demasiado ocupado con las ofensivas mágicas de Galadriel y Gandalf. Mara se arrojó con toda su fuerza, con un gesto a la espada destrozada de su elfo, la reconstruyó en un brillo blanco, iluminando su camino. La espada se hundió en el pecho de Sauron, atravesándolo con un estallido de luz y energía.

Sauron soltó un rugido final de furia y agonía antes de desintegrarse en una explosión de oscuridad y cenizas. El poder de su destrucción se desató en una onda de choque, derribando a los enemigos restantes y dispersando la oscuridad que había cubierto el campo de batalla.

- ¡Mara! - Legolas gritó desde la distancia, viendo la escena con un dolor palpable, pero observó lo que ocurría y con el brillo de la batalla, sus ojos se entrecierran, viendo un cuerpo a unos metros de Mara, el de su padre. - No... - corrió seguido de Taruiel, agarrando por inercia la mano de Legolas.

Legolas, su rostro pálido y lleno de desesperación, se arrodilló junto a su padre. Con manos temblorosas, intentaba detener el flujo de sangre, pero el rey elfo ya no tenía señales de vida. Las lágrimas rodaban libremente por las mejillas del príncipe mientras murmuraba palabras de dolor en voz baja.

- Ada... - Susurra, su voz rota por el llanto. Taruiel, junto a él, lo abrazaba con firmeza, compartiendo su dolor y ofreciendo consuelo.

Mara cayó de rodillas, exhausta y cubierta de polvo. La luz de la victoria se desvanecía rápidamente, y el campo de batalla comenzaba a calmarse mientras los últimos restos de las fuerzas de Sauron se disolvían. Galadriel se acercó a Mara con una expresión de tristeza y alivio.

- Estoy orgullosa, cariño. - dijo con voz suave pero cansada.

- El mal ha sido vencido, pero a un gran costo. - declaró Gandalf, apartando la mirada de ambas mujeres, la guerra al fin había acabado.

- Madre... - alzó la vista al rostro de su madre.

Galadriel lo supo al verla, sus ojos en gran tristeza, su cuerpo cansado y adolorido por algunos rasguños y heridas. Como una madre, el dolor de verla en ese estado, la destrozó. Alzó su mano a la mejilla de su hija, besando su frente y con una sonrisa asintió.

Mara, luchando por mantenerse consciente, miró a su alrededor. Los elfos estaban derrotando a los últimos enemigos, y la esperanza comenzaba a florecer nuevamente entre las ruinas de la batalla.

Sin embargo, el precio había sido alto, para ella, Legolas y Mirkwood, su rey había caído a unos metros de ella, mostrando a su hijo sollozar la muerte de su padre. Todo era demasiado, el peso de su sacrificio, todo ello la abrumaba.

- Maralia de Arathorn, hija de Galadriel. - sonrió levemente, bajo la mirada de Gandalf detrás de ella. Cogió la mano de su hija y bajo la mirada, Mara se encontraba sentada y respirando con irregularidad. - Puedes descansar, ve con él. - volvió a mirar a su hija, esta vez con los ojos cristalinos.

Mara asintió lentamente, su mirada permaneciendo fija en el cuerpo de Thranduil, lejos de ella. Con un último esfuerzo, se levantó, tambaleándose un poco, se apoyó en su madre pero no podía andar. Aragorn se acercó a ella, la miró despidiéndose con una leve sonrisa, la alzó en sus y se dirigió hacia Legolas, quien estaba inclinado sobre el cuerpo de su padre.

- Legolas... - dijo Aragorn, su voz casi un susurro.

Legolas, levantando la vista, vio a Aragorn acercarse con Mara en su brazos. Sus ojos se encontraron y el dolor compartido entre ellos era evidente. Sin decir una palabra, Aragorn se arrodilló junto a él, dejando a Mara al lado de Thranduil, rozando la mano de Legolas y ahogó un gemido de dolor al estar al lado de su elfo.

- Te... quiero....Legolas Oropher.... - sonrió levemente, agarrando la mano de Legolas. El joven elfo asintió y le besó la mano, en forma de despedida, la verla tan mal y cansada, se alejó, levantándose junto con Aragorn.

Taruiel le dio la mano a Legolas, Aragorn posó su mano derecha en el hombro de Legolas. Pero Mara, nuestra elfa dedicó una última mirada a todos, asintió y posó su última mirada en su madre, antes de acercarse a Thranduil y abrazar su brazo para así, dejar sus fuerzas y descansar al fin.

**UNA SEMANA DESPUÉS..**

Legolas se encontraba observando el trono, la luz que entraba iluminaba una parte, quedando otra en la oscuridad. Desde aquel día, no dejó de pensar en ellos, no quería ejercer el derecho de su padre, pero era su deber.

- Legolas. - la voz de Taruiel entrando a la sala le hizo girarse.

- No puedo... - suspiró bajando la mirada.

- Sí, claro que puedes. - le dio la mano una vez que estuvo cerca de él. - Aún es reciente, lo sé... aún la extraño... a los dos. Pero el reino no puede seguir sin rey.

- Ellos deberían estar aquí...Mara no pudo reinar y el pueblo la amó con todo su ser... - caminó lejos de Taruiel. - ¿Crees que seré digno de ser rey?

- Es tu deber... pero sí. Eres y serás un gran líder. - asintió intentando formar una sonrisa, pero sólo pudo mirarle con amor.

Legolas permaneció en silencio, su mirada fija en el trono vacío que había pertenecido a su padre. Las palabras de Taruiel resonaban en su mente, pero el peso de la responsabilidad parecía abrumador. El dolor por la pérdida de Thranduil y Mara aún era reciente, y la idea de ocupar el trono le resultaba tanto un deber como una carga.

- El pueblo necesita a alguien en quien confiar, alguien que continúe el legado de tu padre. - Taruiel continuó, con voz suave pero firme. - Ellos confían en ti, Legolas. Tienes el valor, la sabiduría y el amor por tu gente que son necesarios para guiar a Mirkwood. - Legolas se giró lentamente, sus ojos encontrándose con los de Taruiel. En ellos había una mezcla de tristeza y esperanza.

- ¿Serías mi reina? - sugirió ante ella, con cierto brillo en sus ojos.

- ¿Qué? - se sorprendió, dando un paso atrás.

- Sé mi reina, Taruiel. - caminó lentamente hacia ella. - Mi padre no lo hubiese aprobado, pero estoy seguro que les hubiera alegrado a los dos.

- Legolas... no creo que... - negó con la cabeza, era un error, una líder de guardia no podía ser reina, ¿o sí?

- Entiendo mis sentimientos por ti desde hace años. Sé que sientes lo mismo. - cogió las manos de su elfa pelirroja y suspiró. - Taruiel, reina conmigo, aconséjame como lo has hecho estos años, ámame como yo te he amado a ti.

Taruiel miró a Legolas con una mezcla de sorpresa y emoción. Sus palabras eran un eco de sus propios sentimientos ocultos durante tanto tiempo. Mientras la luz de la mañana iluminaba el trono vacío, ella sintió una calidez en su pecho, y sus dudas se desvanecieron, reemplazadas por la verdad de su amor.

- Legolas, yo... - comenzó a decir, su voz temblando ligeramente. Suspiró y miró sus manos, agarradas por el elfo que había sido su amigo, su confidente, y al que amaba desde pequeños. - ¿Estás seguro?

- Nunca estuve más seguro. - y en ese instante, pudo verles por unos segundos detrás de ella. - Al igual que mi padre y Mara estuvieron seguros. Taruiel le miró a los ojos, y sonrió, haciendo que Legolas sonriera de la misma manera.

- Rey Legolas... - se separó y realizó una rápida reverencia. - Acepto. - sonrió y con esa promesa, Legolas la besó.

Detrás de ellos, los reyes que Mirkwood llegó a tener, sonrieron ante tal escena. Mara sonrió mirando a Taruiel, y Thranduil sólo esbozó su orgullo por su hijo, pero tenía razón, no estaba de acuerdo con la decisión.

- Serán grandes reyes, lo presiento. - sonrió Mara, agarrando la mano de Thranduil.

- Lo serán, serán mejores. - miró a Mara y le alzó con la mano el rostro. - ¿Qué haremos ahora?

- Todo se acabó.... y al fin, mi rey... Llegó la paz. - con esa declaración, Mara besó al rey y se dieron la vuelta, abriendo las puertas del reino por última vez, envolviéndose en un brillo que los llevó al Salón de Mandos.

## Epílogo

***THRANDUIL OROPHER***

El trono vacío de Mirkwood ha sido una constante fuente de reflexión para mí. Ahora, mientras el sol de la tarde se filtra a través de los cristales del gran salón, siento que el peso de la historia y la pérdida se han asentado sobre mis hombros de manera definitiva. Es un momento de calma tras la tormenta, una pausa en la que puedo mirar hacia atrás y contemplar el pasado con claridad.

Recuerdo el día en que conocí a Mara. Ella llegó con la mirada desafiante, con la determinación de una elfa que huía, y la confusión de alguien que buscaba un refugio en un lugar ajeno. Su presencia era una tormenta en sí misma, y yo, al principio, no sabía qué hacer con ella.

"Os doy la bienvenida a mi reino. Aquí encontraréis refugio y protección, siempre y cuando os sometáis a nuestras leyes y tradiciones." le dije en nuestra primera conversación. Quiso inclinarse ante mí, pero con esa belleza y esa mirada, no creo en el amor a primera vista, si existe, creo que lo sentí al verla entrar por mis puertas.

Pero su mirada desafiante me mostró algo más allá de la fachada de rebelde. Había dolor, había miedo, y había una vulnerabilidad que me conmovió. En el transcurso de nuestras conversaciones, descubrí que no era solo una fugitiva, sino una hija de Galadriel, una elfa con un poder y un destino mayores de lo que ella misma comprendía. Me dolió, una mentira que jamás optaría por decirme, pero al final lo haría.

La batalla contra Mirana y sus fuerzas fue la primera prueba en nuestra historia juntos. En medio del caos, encontré una aliada en ella, y una conexión que no podía ignorar. Nuestros enfrentamientos se convirtieron en algo más profundo. La lucha y el fuego forjaron un vínculo entre nosotros, una atracción que creció en medio del dolor y el sufrimiento.

"Baila conmigo," le dije una noche mientras bailaba con ella una danza en la Comarca... un rey elfo bailando... sólo ella podría hacer algo así. Me comporté mal con ella, lo admito, pero nunca me arrodillaría ante una elfa, no una como ella. Qué error... "Lo lamento, como te trate... no volverá a pasar. " Sí, me disculpe... y ese fue el mayor error... por que no me arrepiento, porque en ese instante, me enamoré de ella, pero Mara... me amó mucho antes.

Con cada guerra, con cada victoria y cada pérdida, nuestro amor se fortaleció. La guerra contra Sauron fue el clímax de nuestra lucha, y también el momento en que entendí la verdadera profundidad de mis sentimientos por Mara. Durante el baile en la Comarca, en un acto de valentía y vulnerabilidad, descubrí el amor que había estado oculto en mi corazón.

Muchas veces pensé en pedirle matrimonio, demasiadas, pero tuve una oportunidad y la aproveché, creí que era muy pronto, pero no lo fue, no cuando se trataba de nosotros. Y un día, lo hice, diciéndoselo de la mejor manera posible; "Mara de Arathorn, eres increíble, capaz y una gran guerrera. Deseo tenerte a mi lado cada día, y por ello... Solo te hago una pregunta..." y no acabé de formularla, cuando ella aceptó y supe que Mirkwood tendría a una reina que jamás llegó al trono, pero demostró serlo.

El destino nos llevó a una última batalla, una en la que luchamos codo a codo hasta el final. Nos enfrentamos a Sauron con la esperanza de que nuestras acciones pudieran traer paz. Sin embargo, el destino me llevó a mi primero.

La última imagen que guardo de Mara es ella inclinada sobre mí, sus lágrimas mezclándose con la sangre de la batalla, mientras el reino que habíamos defendido se desmoronaba a nuestro alrededor, pero no fue la última... desperté en un lugar , y a mi lado, estaba ella, con una sonrisa radiante.

"Seré tu luz, incluso en los días más claros... siempre estaré a tu lado." Esa declaración me hizo saber que ganamos, y que mi reino tendría a mi hijo como rey, el digno para la tarea, y una reina de la cual ser guiado.

En el Salón de Mandos, nuestra esencia descansa, esperando un nuevo cuerpo en un lugar de paz y descanso. Aunque nuestro cuerpo y nuestra vida se han ido, nuestro amor y nuestros recuerdos permanecerán como un legado para aquellos que vinieron después de nosotros.

***MARALIA DE ARATHORN***

La memoria de la batalla aún persiste en mi mente, como un eco distante de un tiempo que ya no puedo alcanzar. La primera vez que llegué a Mirkwood, huía de un pasado doloroso, sin saber que encontraría un hogar y un amor que cambiarían mi vida para siempre.

Recuerdo la frustración y el miedo que sentí cuando Thranduil me recibió. Mi corazón estaba lleno de desesperanza y confusión, y sus palabras de rechazo iniciales solo sirvieron para aumentar mi determinación. Sin embargo, bajo esa fachada dura, había algo más: una persona que, a pesar de sus reservas, comenzaba a ver más allá de mi exterior.

"Soy Mara, hija de Mirana, del pueblo de Arathorn. He venido en busca de refugio y asilo en vuestro reino...." Su figura imponente me dejó sin habla, jamás vi a un rey así, y en ese entonces supe que estar con él sería un desafío digno para mí.

A medida que pasaba el tiempo, nuestras confrontaciones se transformaron en algo más complejo. Cada palabra áspera se convertía en una chispa que encendía una atracción que no podía esconder, y que veía en él, en la forma con la que me miraba. La guerra contra Mirana nos unió, y aunque la batalla nos separó, cada encuentro nos acercó más.

" Dime la verdad." Esa fue la primera vez que le encaré... "Me importas, por ello quiero alejarte de la guerra. Después de mi orden, mi hijo te llevará lejos de aquí, si doy la orden. Si no es así, esta guerra habrá acabado antes de que salgas." Sus órdenes en mí no tenían función.... al menos no en el principio. "No quiero arriesgar a otro elfo." Lo vi en su mirada... no era otra elfa, era su elfa. Y ahí fue donde lo supe, le importaba, y me había enamorado de él... "No puedo arriesgarme a perderte."

Pero tuvo que llegar esa noche, en la que escapé... Me golpeó en la cara, esa fue la primera vez, y la última... Sentí vergüenza y dolor, decidí escapar al único lugar donde me sentía libre, con los hobbits que una vez ayudé, y fueron amigos mío hasta ahora. Después de saber el tratado de matrimonio, me negaría a volver... que error por mi parte si hubiera hecho eso.

La noche en la Comarca, cuando Thranduil y yo compartimos un baile, fue el punto de inicio de nuestra relación. En ese instante, sentí que finalmente encontraba mi lugar, no solo en el mundo, sino en su corazón. Jamás pensé en verle bailar, pero supe que alguien me observaba, era él, caminando hacía mí, con sus ojos fijos en la única persona que amaría.

Claramente, no pensé que se declararía, no directamente y a solas... "Sé que eres muy poco ingenua, sé mis sentimientos hacia ti, joven elfa... Pero no te seré correspondido, no aún." Pero no fue hasta que me besó por primera vez que lo sentí, y pensé, moriría por él, daría mi mundo por él, lo daría todo para estar con un elfo como él, y así sería.

La batalla final contra Sauron fue un desafío que pusimos nuestra última fuerza. Luchamos con valentía, pero sabíamos que el sacrificio era inevitable. No pude despedirme, pero en esa mirada a lo lejos, pude oírle decirlo: "Te amo, Maralia" Y supe, que se iría para siempre, pero no lo haría solo.

Cuando Thranduil cayó, mi corazón se rompió en mil pedazos. Mi mundo se desmoronó a su lado, y en el último momento, decidí que si él moría, yo moriría con él, no podría soportar una vida sin mi rey elfo.

En el Salón de Mandos, nuestro espíritu descansa en paz. Aunque nuestro tiempo juntos fue breve, podría decir que duró unos meses, la esencia de nuestro amor perdura.

"Nunca he amado a alguien como te he amado a ti, Mara." Jamás me habré arrepentido de volverme a enamorar, porque puede que la perdiera en vida, pero no le perderé en muerte.

En la eternidad, nuestras almas se han unido en un lugar donde la guerra y el dolor ya no existen. Nuestro legado vive en el recuerdo de aquellos que continuaron, en el amor que construimos y en la esperanza que dejamos atrás.

**FIN**